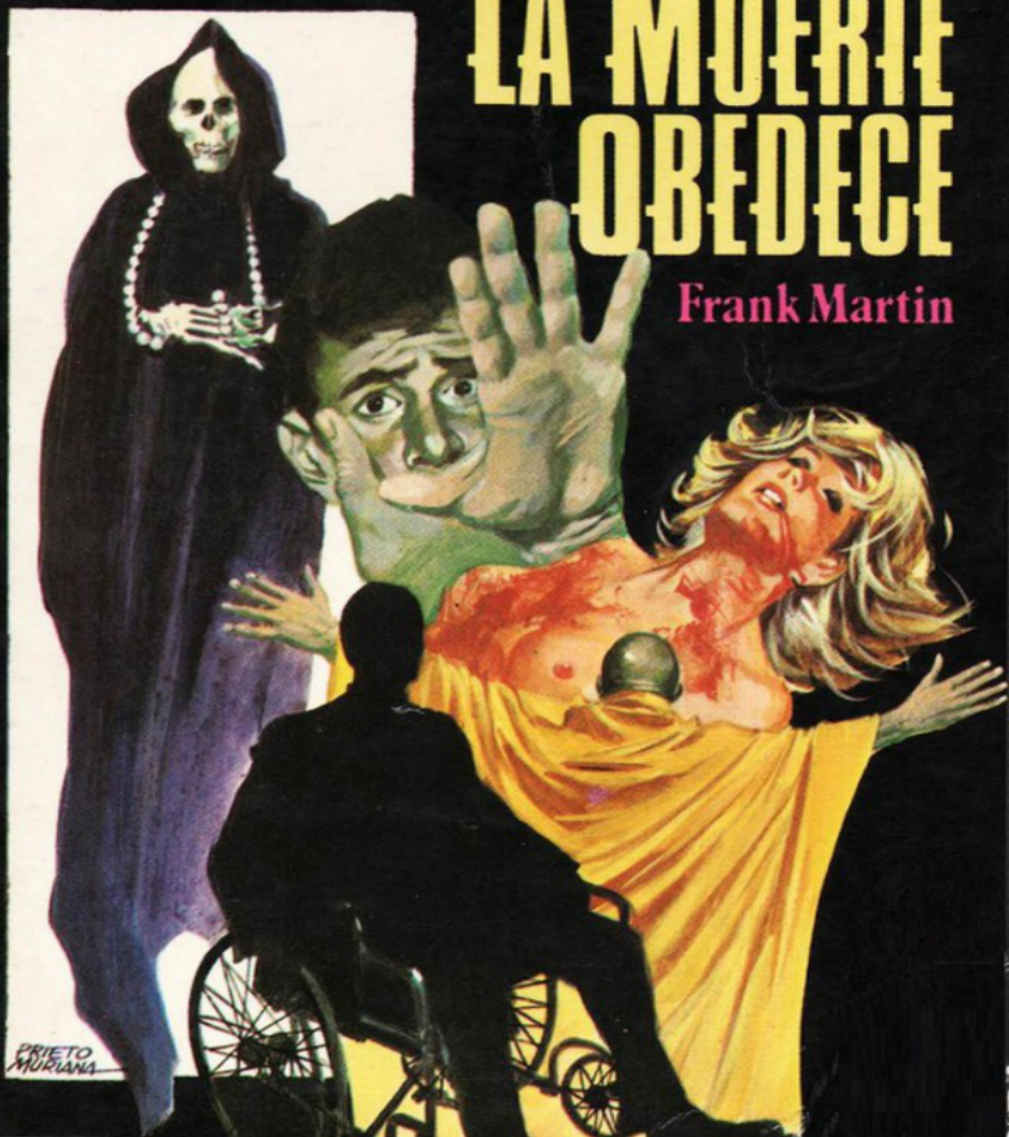


BOLSILIBROS
EASA

TERROR

LA MUERTE OBEDECE

Frank Martin



Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

CLAUDE murmuró, hablando consigo mismo:

— Esto no es cierto. ¡No puede ser cierto!

Sin embargo, sabía que ayer había caminado un poco más que anteayer, y anteayer un poco más que los días precedentes.

Pero le ayudaban. Se apoyaba en unos hombros. Sólo tenía que dejarse conducir.

Mientras que hoy...

Levantó la sábana, contempló sus piernas estiradas y muy juntas,

inmóviles, y las movió muy despacio.

— Se mueven, pero no me sostendrán...

Echó a un lado la sábana y se sentó en el borde de la cama con las piernas colgando. Su pijama arrugado descubría dos pantorrillas pálidas, flácidas, sin vello.

— No me sostendrán...

Se apoyó en la mesita de noche y se puso en pie.

Ahora, había que adelantar un pie.

¿Cuál?

«No tiene importancia», había dicho el curandero.

Sin embargo, Claude dudó. No se atrevía a seguir. Estaba con los nervios en tensión. Sentía que iba a perder el equilibrio, a caer en el suelo, a hacerse daño.

Estaba inundado de sudor.

Gimió.

¿Por qué querían todos obligarle a caminar?

Gritó:

— ¡Brigitte!

Gritó como quien se despierta en la oscuridad y ya no sabe quién es.

Y de repente la ira se apoderó de él. Ya nadie le quería. Le detestaban porque estaba impedido.

Iban a...

Dio un paso.

¡Acababa de dar un paso!

Su mano se había apartado de la mesita de noche. Estaba solo, en equilibrio. No se caía. Sus piernas le temblaban un poco. Experimentaba una extraña debilidad en las rodillas, pero resistía.

Haciéndolo resbalar, adelantó el pie que había quedado atrás, luego avanzó de nuevo la pierna.

¿Qué decía el curandero?

«No reflexiones. No pienses que estás andando».

Claude se alejó lentamente de la cama. Ya no sentía ira. Ya no tenía miedo. Se dirigió hacia la ventana. Estaba lejos, muy lejos, pero Claude sentía que sus tobillos se hacían flexibles, que sus pies se apoyaban firmemente en el suelo.

Era libre, no dependía ya de nadie. Ya no necesitaba rogar para que abrieran la ventana o para que le dieran un libro, un cigarrillo...

¡Caminaba!

Pasó ante el espejo del armario.

— Camino...

Sonrió a su imagen, echando hacia atrás el mechón rubio que se balanceaba ante su ojo izquierdo.

Su rostro era estrecho, de mujer. Su frente, demasiado bombeada y sus ojos, inmensos, que parecían maquillados, tan pronunciadas eran las

ojeras que mostraban.

Era divertido andar.

No se creía tan alto y, sobre todo, tan delgado. Su pijama tenía aspecto de estar colgado de un perchero. Caía flácido, como un vestido vacío.

— A los dieciocho años, papá debía hacer cuatro veces el bulto que yo. En cuanto al tío Robert... Pero el tío Robert no es un hombre; es una especie de salvaje que siempre va por ahí lanzando maldiciones, risotadas y gruñidos. Vaya cara que pondrá luego, cuando se entere de que su sobrino ha sido curado por un charlatán, un magnetizador, un tipo que se persigna antes de soplar sobre el enfermo y de hacer unos pases. ¡El, que sólo cree en lo que puede ver y tocar!

Claude dio unos pasos más.

Tenía necesidad de tomar aliento, de recuperarse, y se agarró al alféizar de la ventana, inclinándose un poco para aliviar las piernas.

Esta mañana todo era nuevo, todo era luminoso. Los árboles de la Avenue Mozart se silueteaban con rasgos precisos, y los gorriones se perseguían y volaban hacia el techo del invernadero...

¡El invernadero!

Claude contó con los dedos.

Hacía nueve años que no había entrado en él.

El médico, el «verdadero», el del tío Robert, decía que la atmósfera pesada y húmeda del invernadero era peligrosa para un enfermo.

Sencillamente, no le gustaba ese lugar.

Al tío Robert tampoco.

Tal vez fuese el tío el que le había dado la consigna.

Porque ese invernadero, tan extraordinario con sus árboles tropicales, sus lianas, sus corrientes de agua, sus bancos perdidos bajo arbustos exóticos, habían sido contruidos de acuerdo con los planos de mamá...

Mamá... mamá... mamá...

Trató de representarse a su madre y sólo consiguió evocar una silueta vaga, perdida en las sombras del pasado.

Todo lo que precedió al accidente se borraba lentamente.

Sin embargo, Claude recordó que su madre le llevaba cada día al invernadero. Imaginó una mujer joven, graciosa, frágil, pero era un fantasma creado por la imaginación y no le decía nada.

¡Todo eso quedaba tan lejos...!

Y además, ahora, el pasado ya no contaba. Los recuerdos estaban bien cuando uno se veía condenado a permanecer inmóvil en una cama o en un cochecito de inválido...

Por cierto que el cochecito tendría que ser arrojado al fondo del garaje.

Fue hacia el sillón.

Ya no experimentaba ninguna vacilación. La rigidez de los tobillos y de las rodillas había desaparecido. Claude se puso el pantalón, de raya impecable, y se observó mucho rato en el espejo.

Se aseó rápidamente, se anudó la corbata rayada y se calzó los gruesos zapatos de suela de crepé.

Tenía prisa por estar fuera, por andar entre los peatones, por mirar a las mujeres y a los coches.

Era libre... ¡libre...!

No toleraría ya que se le tratara como a un enfermo.

Abrió la puerta y cruzó el rellano. Sintió un ligero mareo.

La escalera le daba miedo.

¿Sabría doblar las rodillas?

Si perdía el equilibrio...

Apretó los dientes, se cogió a la barandilla y adelantó un pie sobre el primer escalón. El vacío le atraía hacia adelante, hacia la perspectiva oblicua de la alfombra roja que parecía caer como una cascada hasta el vestíbulo.

El segundo escalón...

El tercero...

No existía ningún peligro. Todo sucedía en su cabeza. El curandero hubiese debido hacerle pases en torno a la frente, a las sienes, para apaciguar todas las angustias que le atormentaban.

Un esfuerzo más...

¡Ya estaba!

Se irguió.

Caminó hacia el comedor sin experimentar la menor molestia. Los zapatos eran tan silenciosos que llegó hasta la puerta sin atraer la atención de la vieja Marie. La vió zurciendo, mientras movía los labios como si rezara.

— Buenos días, Marie...

La pobre mujer lanzó un grito y se levantó. Se le cayeron las tijeras, que se quedaron clavadas en el suelo de madera.

Claude se acercó con las manos en los bolsillos.

¡Qué pequeña y arrugada era, con sus ojos lacrimosos tras de las gafas con montura metálica!

Claude se agachó y recogió las tijeras.

Marie murmuró:

— ¡Bendito sea Dios!

— Anda, no te quedes ahí parada y prepárame el desayuno.

— Sí, sí... claro. Parece un milagro, aunque...

— ¿Aunque, qué?

— Al parecer, hubieses podido andar desde hace mucho tiempo. Era el miedo lo que te impedía mantenerte derecho.

— ¿Quién te ha contado eso?

— El señor.
— Mi padre, ¿eh?
— Sí. Dice que se lo contó el doctor.
— ¿El doctor? ¿Te refieres al curandero?
— Sí.

— De modo que si he estado paralizado es porque me ha dado la gana. Marie acabó de prepararle el desayuno. La cafetera humeaba sobre un fogoncillo eléctrico.

Claude se sirvió café en la taza.

La vieja seguía mirándole.

— ¿Por qué no te sientas y sigues con tu labor? Hum... ¿dónde está Brigitte?

— Salió.

Claude se bebió el café a sorbitos.

— ¿Por qué me miras así, Marie?

— Es que te pareces tanto a la señora...

Claude salió al patio.

Caminó hasta el invernadero, se detuvo y apoyó la frente en el cristal. ¡Pobre mamá! Si viera esta especie de selva virgen... ¿Es que nadie entraba allí? Las palmeras, abandonadas, parecían enfermas; las hojas se pudrían en el estanque; monstruosamente crecidos, los helechos lo habían invadido todo, formando un arbusto único e inmenso.

Un jardín salvaje en el que Claude no se atrevía a penetrar.

¡La tumba de mamá!

No debían cuidarla mejor que este invernadero donde ella se complacía en refugiarse.

Nadie iba ya al cementerio.

Y muy pronto, sin embargo, sería el día de Difuntos...

Claude recordó su última visita al cementerio del Père-La-chaise. Era un chiquillo. El chófer le llevaba en brazos. Brigitte no estaba aún en la casa... Se habían detenido al comienzo de un paseo. Alguien había dicho: «¡Es ahí!» Claude había echado su ramo de flores sobre una losa de granito y ya en el auto, había llorado mucho rato antes de dormirse.

Desde entonces, nunca había regresado allí.

El médico lo había prohibido.

Claude no se acordaba ya qué médico era. ¡Había conocido a tantos!

Pero ahora, nadie podría impedirle que fuera al cementerio.

Tal vez mamá fuera misteriosamente avisada de que su hijo caminaba, que estaba allí, en pie cerca de ella.

La puerta de la verja chirrió y Claude se volvió.

— ¡Brigitte!

— ¡Claude!

Ella le miró fijamente, con la misma expresión que Marie un rato

antes. Luego adelantó maquinalmente una mano enguantada.

—Claude. De pronto no te reconocí. ¿Has podido...?

— Sí. Sin dificultad.

— Me alegro muchísimo.

Le hizo retroceder un poco para verle mejor.

— ¡Qué transformación, mi pequeño Claude!

—Ya no soy el pequeño Claude.

Ella se rió.

— Para mí siempre serás el pequeño Claude.

— ¡No! Sobre todo, para ti, no.

Sintió que sus mejillas enrojecían.

— Perdona... ¿Me permites que te haga una pregunta?

— Claro.

Abrió la puerta del invernadero e hizo pasar a la joven delante de él.

El aire era insípido, pesado y olía a vegetación mojada. Avanzó lentamente por el paseo central y en sus rostros aparecieron reflejos verdosos.

— ¿De quién fue la idea de llamar al curandero?

— Mía. La medicina oficial nunca me ha inspirado mucha confianza, y puesto que los médicos consideraban tu caso como desesperado, nada se perdía probando...

— ¿Pensabas tú que yo lo hacía a propósito? Me refiero a no querer andar.

— No. Pero, piensa en la impresión que sufriste cuando la muerte de tu madre...

— Hay otros niños que han perdido a su madre. No por eso quedan paralizados.

— Pero no eran tus piernas, sino tu cerebro.

— Me refugié en la parálisis, ¿no?

— Sí. Eso fue lo que dijo el curandero.

— ¿Tú crees en ese fluido?

— Claro. ¡Tú eres la prueba!

—¿Y mi padre? Esta mañana ni siquiera vino a ver como estaba...

Ella le cubrió la boca con una mano.

— ¡Cállate! Vas a decir una tontería... Teníamos órdenes. Debíamos dejarte solo. Era un experimento.

Claude volvió la cabeza para que ella no le viera los ojos. Era demasiado mayor para ponerse a llorar.

Ella le reprochó:

—Yo había salido a comprarte un libro. Míralo: «Los milagros de la voluntad». Está lleno de anécdotas curiosas. El autor llega a afirmar que se puede influir sobre la gente, sobre los animales e incluso sobre los objetos mediante la concentración de la energía psíquica.

— Gracias.

Ella sonrió.

—¿Por qué?

— Por este libro y por lo del curandero... y por todas las molestias que te he ocasionado.

— No digas tonterías. Vamos, entremos en la casa.

— Ve tú. Yo iré más tarde. Necesito pensar.

— Como quieras.

El invernadero comunicaba por una escalera con el cuarto de la calefacción de los sótanos, desde los que una segunda escalera conducía al vestíbulo.

Claude se quedó a solas.

El esfuerzo realizado le había cansado bastante. Le apetecía estar sentado. Poco a poco le fue invadiendo una suave somnolencia y, caída la barbilla sobre el pecho, se quedó dormido.

Una ligera brisa alborotó su cabello -y el mechón rubio le cosquilleó la nariz. Al mismo tiempo, unos ligeros y repetidos golpes en el cristal acabaron por sacarle de su amodorramiento.

Entre la vegetación, un rostro le sonreía y unas manos le invitaban a acercarse.

Claude se levantó de un salto.

— ¡Mamá!

No era necesario que nadie le dijera que se trataba de su madre. Allí, al fondo, tras la cristalera, estaba su madre. Le sonreía y le decía que se acercase.

Tuvo que rodear un macizo de arbustos casi tan altos como él, para llegar al lugar.

Pero cuando llegó, su madre ya no estaba.

Se había ido...

— Mamá... mamá... mamá... ¿qué es lo que quieres decirme?

¿Dónde estaba la aparición?

Porque tenía que ser una aparición. Su madre estaba muerta. No era posible que ella...

¿O lo había soñado?

No, no lo había soñado.

Su madre quería decirle algo.

¿Qué era la que quería decirle mamá?

LA cancela se abrió chirriando.

El largo «Hotchkiss» beige entró lentamente en el patio y Claude tuvo tiempo para distinguir la avenida, donde los coches circulaban silenciosamente bajo la pálida luz del sol.

Luego el chófer, Marcel, se apeó y cerró las pesadas batientes, corriendo el cerrojo. Como si en pleno día hubiese que temer a los ladrones.

Claude contempló a través de los cristales a su padre que ayudaba al tío Robert a bajar del coche.

Los dos hombres discutían. Se pasaban la vida así.

Naturalmente, el tío llevaba su cartera. Apenas en pie, con la mano abierta, daba pequeñas palmadas sobre ella. Sin duda sus argumentos estaban allí. Cifras. Cifras. Sólo creía en las cifras.

Durante la comida, seguirían citándose cifras. Sacarían sus libretitas, sus estilográficas, apartarían los platos y las botellas y se dedicarían a demostrar que...

Claude se levantó.

¡Ah! ¡Largarse de allí...! ¡Cambiar de aires!

¿Qué era lo que podía retener a Brigitte allí? Después de todo, sólo tenía veintiséis años...

La voz del tío en el recibidor. Una voz gruesa, jadeante. Siempre se veía obligado a correr detrás de su hermano, el cual andaba a grandes zancadas.

Claude se arrimó a la chimenea y adoptó una postura indiferente.

Entraban.

— Hola, tío. ¿Qué tal?

El tío Robert estaba cómico con su mostacho de campesino y sus abultadas y temblorosas mejillas pálidas.

Se colocó ante Claude, con la cabeza un poco inclinada y el aspecto receloso.

— Camina para que yo te vea.

Claude caminó dos pasos con lentitud, echando hacia atrás su mechón con un movimiento seco. Observó a su padre, dándose cuenta de que estaba un poco pálido, con la misma expresión asustada que Marie.

El tío dijo:

— ¡Esto... es formidable! ¿No sientes nada? ¿No te esfuerzas? Camina hasta la ventana, para que te veamos otra vez.

Frunció el ceño, como si tratase de descubrir algún fallo. Se secó el cráneo con el pañuelo. Miró a su hermano.

— ¿Cómo lo ha conseguido?

— Con pases... con la mano, a lo largo de las piernas.

— ¿Y ningún otro tratamiento?

— No. Al cabo de cinco minutos le dijo: «¡Ya puedes andar!»

—Vaya... ¿Y durará?

— El dice que sí.

—¿Qué remedios ha ordenado?

— Nada. Ejercicio. Aire puro. Voy a llevármelo a la finca. Podrá pasear por el parque.

— ¿Y no temes que...?

El tío se interrumpió bruscamente. Luego prosiguió, muy aprisa, con forzada alegría:

— ¡Muy bien! Perfecto. Tal vez yo también debería ir a consultar a ese curandero para mi asma.

Se puso a reír y guiñó un ojo a su hermano.

—¿Te ha costado muy caro?

— No ha aceptado nada.

—¿Bromeas?

— No. Afirma que no tiene derecho a aprovecharse de un don.

— ¡Este tipo está loco!

Ocurriéndosele de repente una idea, agregó en voz baja:

—A que no se te ha pasado por la cabeza hablarle de... ¿eh? Quién sabe...

— Robert, por favor...

— Está bien, está bien. No insisto. Bueno, esto hay que celebrarlo.

Sin esperar respuesta, entró en el comedor.

Se oyeron tintinear los vasos.

Claude se acercó a su padre. Este estaba rígido, distante. Ahora, Claude era tan alto como él.

Era absurdo, pero sentía deseos de cogerle la mano, de estrechársela, así, de hombre a hombre, para hacer desaparecer ese obstáculo invisible que los separaba mejor que cualquier muro.

— Papá...

-¿Qué?

A Claude le faltaba valor. Se endurecía.

Volvió la cabeza.

El tío regresó con una bandeja.

— ¡Dichoso Claude! Toma, puesto que eres un hombre, descorcha la botella. Supongo que tu brujo no te habrá prohibido el alcohol... Bueno, por todos nosotros. Te deseo suerte, Paul.

El padre de Claude murmuró:

— ¿Estás decidido? ¿Nos abandonas?

— No os abandono. Tomó por mi cuenta el asunto de Hamburgo. Eso es todo. Te lo repito, estás hundiéndote.

Tengo el informe del banco. No me negarás las cifras...

Buscó en su cartera.

Claude se alejó, mirando hacia el patio.

Marcel, en mangas de camisa, se afanaba en torno al coche. Brigitte le

explicaba algo señalando con la mano hacia el volante.

Los dos se reían.

Claude intentó escuchar, pero la voz del tío Robert cubría todos los ruidos.

* * *

¿Un charlatán?

Más bien una especie de empleadillo. Descuidado, con briznas de tabaco sobre el chaleco, cruzado por una gruesa cadena de metal blanco. Un rostro vulgar con una ancha cicatriz en la mejilla izquierda. Ojos de miope que bizqueaban un poco. Manos cuadradas, gruesas, que cruzaba sobre el vientre como para sostenerlo.

Uno sentía deseos de contárselo todo, los buenos y los malos pensamientos, porque parecía saber mucho acerca de la vida, de los fracasos, de los malos tragos.

Sobre su mesa había una serie de raros objetos: libros, una vieja máquina de escribir, un Cristo de madera que parecía tallado a cuchillo, pipas y sobre un montón de carpetas, una muñequita de celuloide.

Escuchaba a Claude balanceándose en su silla.

—¿Hace mucho que murió tu madre?

Claude se sobresaltó.

— ¿No se lo ha explicado mi padre?

— Cuéntamelo tú.

— Bueno, hace bastante tiempo, sí... Mi madre murió en el mes de mayo de mil novecientos sesenta y siete. Fue desde entonces cuando...

— Un momento, un momento... ¿No te informaron en seguida de que tu madre había muerto?

— Oh, no. En el estado en que estaba, prefirieron esperar. De momento me explicaron que se había marchado de viaje.

— En otras palabras, tu... enfermedad precedió el anuncio de la falsa noticia. Tú ya estabas afectado antes de saberlo, de modo que la muerte de tu madre no tiene nada que ver con la crisis que te abatió.

— No lo sé. De lo único que estoy seguro es de que fue aproximadamente en la misma época... Pero mi padre ha debido contarle...

— Me ha contado que te recogieron sin sentido en el parque de la finca. Tú no te acordabas de nada de lo sucedido inmediatamente antes del accidente.

— En efecto. A menudo he tratado de hacer memoria... Debía estar jugando, corriendo... debí darme un golpe.

— Sin embargo, al parecer, no mostrabas ninguna señal de golpes. No habías recibido ningún golpe... ¿No existe una última imagen, por vaga que sea, de la que hayas guardado recuerdo?

Claude hizo un gesto de perplejidad.

—Todo eso queda demasiado lejos... Lo único que sé es que permanecí acurrucado durante semanas enteras.

—¿En la posición de un feto?

-Sí.

—Y anteriormente, ¿nunca habías padecido de perturbación en la memoria?

— No lo sé. Era muy pequeño.

—¿Sabías leer y contar?

-Sí.

— ¿Qué te pasa ahora exactamente?

—Que olvido las cosas.

El hombre se levantó, se colocó detrás de Claude y le apoyó una mano en la cabeza.

La mano pasaba suavemente sobre la cabeza de Claude.

—Tranquilízate. Relájate... Así... Ahora eres igual a todos los muchachos de tu edad. Tienes dieciocho años, ¿no?

-Sí.

—Te convendría viajar un poco. Un lugar soleado. Mallorca... Cerdeña... cualquier lugar bañado por los rayos del sol.

— Pero... ¿yo solo? Siempre ha habido alguien que se ha ocupado de mí.

El hombre se puso a reír, con una risa franca que se escuchaba con agrado. Apoyó la mano en el hombro de Claude.

— No tengas miedo. Procura sencillamente desear... con todas tus fuerzas. Di: ¡Puedo hacer eso! ¡Puedo hacer eso! Créeme: la voluntad lo puede todo. Es cuestión de fe. Además, voy a ayudarte. Pensaré en ti.

— Pero... ¿y cuando esté lejos?

— La distancia no cuenta. Para el espíritu no existe.

Eran extrañas aquellas palabras en boca de aquel hombre corpulento que olía a tabaco, a ropa vieja, y cuyo dorso de las manos estaba cubierto por un tupido vello rojizo.

Volvió a sentarse detrás de la mesa y jugó un instante con el Cristo, que acabó por dejar en equilibrio junto a la máquina de escribir.

—Tu caso es clásico. No intentes comprenderlo. Sientes demasiada curiosidad por ti mismo. Todos son iguales... Sin embargo, no pierdas la confianza. Si sigues sintiendo angustia, vuelve a verme... Ven a hablar conmigo... Ya verás... La tranquilidad vendrá por sí sola. Te lo prometo. Viaja un poco. Será lo mejor... Y no sólo para ti.

Claude se levantó y el hombre le alargó la mano.

¿Había que ofrecerle dinero?

¿Darle las gracias?

Claude prefirió marcharse sin pronunciar ni una palabra.

Otras personas aguardaban en la sala de espera, en el pasillo, hasta en la escalera.

Aquellos enfermos que discutían en voz baja constituían un espectáculo algo repugnante. Algunos llevaban vendajes. Claude se dio cuenta, mientras bajaba la escalera oscura, de que detestaba la muchedumbre, las aglomeraciones, el contacto con los demás.

Tenía prisa por recuperar su soledad.

Estaba decepcionado.

Aquel individuo no había comprendido nada. ¡Viajar! ¿Para qué? ¿Qué iba a encontrar al final del viaje?

Por un instante estuvo tentado de hablarle sobre la aparición del invernadero. Pero en seguida se arrepintió.

No se lo había dicho a nadie.

Lo guardaba para él.

Claude caminaba lentamente por el borde de la acera.

¿Y si acaso...?

Levantó el brazo.

El taxi se detuvo con un chirrido.

¿Debía hacerlo?

¡Quedaba tan lejos!

¿Encontraría por lo menos flores que comprar allí?

El chófer abrió la portezuela.

— Al cementerio del Père-Lachaise. Entrada principal.

Ya estaba hecho.

Claude había franqueado la barrera.

Desde hacía tres días merodeaba en torno a las paradas de taxis incapaz de decidirse.

En el fondo, esa cita con la muerte no era muy urgente.

Ni siquiera sabía si tenía deseos de ir al cementerio. Una tumba no significaba gran cosa. Los muertos...

Marie afirmaba que los muertos vivían en algún sitio. ¿Dónde vivirían los muertos?

CAPITULO 3

EL taxi dio la vuelta y se detuvo.

El chófer dijo:

— Hemos llegado. El cementerio del Père-Lachaise.

Había dos puertas metálicas abiertas, extensiones de césped, márgenes de crisantemos, y se sentía a la ciudad por todas partes, con su trepidación, su sórdido rumor viviente.

Claude pagó el taxi, atravesó una calle y entró en una floristería estrecha y oscura, aplastada bajo un techo de tejas como una casa de campo.

Compró un ramo de claveles y tan pronto como estuvo fuera lamentó la elección.

Debía tener aspecto de enamorado ridículo.

Pero nadie le prestaba atención.

Franqueó la entrada, tratando de reencontrar sus impresiones de antaño. Esta avenida, que se prolongaba como una carretera... No, no la reconocía.

¿Qué venía a hacer allí, con las flores?

Se sentía como un invitado al que ya no se le espera.

Una mujer enlutada salió de un edificio y Claude leyó la inscripción: «oficinas».

Sin duda allí habría alguien que podría informarle.

Empujó la puerta.

— ¿La sepultura Bernard, por favor?

El guardián contempló los claveles, luego a Claude.

— ¿Quiere usted saber dónde está la tumba?

-Sí.

— Veamos... Bernard... B... e... r...

El guardián removió unos registros, sacó un libro muy grueso y su dedo err  por las páginas.

— B... e... r... Bernard. Aquí está. Bernard, Louise... Séptima división, número...

Se levantó y alargó el brazo hacia la ventana.

— Es sencillo.  Ve usted ese paseo? No el central, ese otro, el que se abre exactamente ante nosotros. S galo hasta el Chemin Serr , a la derecha. La tumba viene en seguida, a mano izquierda. Es la quinta.

— Gracias. Pero... discúlpeme.  Ha dicho usted: Bernard, Louise?

El guardián se inclinó sobre el libro y subrayó el nombre con la uña.

— Sí, si. Era mi abuela, pero... ¿y después?

— ¿Después?

— ¿No hay ningún otro nombre?

— No. Es la última inhumación.

— Debe usted equivocarse. Forzosamente tiene que haber una Geneviève Bernard... o quizá figure con el apellido de mi padre, su esposo: Jouvét... Es decir, Geneviève Bernard o Geneviève Jouvét... Fue enterrada unos cuantos días más tarde, en el mismo sepulcro... El treinta de mayo de mil novecientos sesenta y siete.

El guardián volvió a leer las inscripciones.

— Lo siento. Inmediatamente antes veo Bernard, Eugène...

— Sí; era mi abuelo... En fin; no es posible. Ciertamente se ha cometido un error, un olvido.

Claude dejó sobre la mesa el ramo de flores, dio la vuelta a la misma y leyó a su vez: Bernard, Louise...

— No lo entiendo.

— Es fácil comprobarlo. No hay más que consultar el registro de entradas.

— Por favor.

— ¿Qué fecha me ha dicho?

— Treinta de mayo de mil novecientos sesenta y siete.

El guardián colocó sobre el registro un enorme libro y empezó a hojearlo. Claude cruzaba y descruzaba las manos. Su voz tembló ligeramente al añadir:

— Señora Jouvét, Geneviève, nacida, Bernard.

— No. ¡Mire! Ese nombre no figura en la fecha que usted dice. ¿No tienen ustedes otra tumba familiar?

— Sí, cerca de Châteauroux.

— Entonces, todo se explica. Se ha confundido usted.

— Imposible. Allí está la familia de mi padre. No me cabe duda de que mi madre está enterrada aquí.

— ¿Asistió usted al sepelio?

— No. Por entonces estaba enfermo. Pero vine a la tumba unos cuantos días más tarde.

— ¿Qué quiere usted que le diga? Ya ve usted los libros... ¿Quiere llegarse de todos modos hasta la tumba? Es a la derecha, el Chemin Serré... No se olvide el ramo de flores, señor.

— Gracias.

Claude caminó por el paseo, entre las tumbas.

De vez en cuando observaba a personas paradas ante una lápida. ¡Qué suerte la de ellos! Tenían sus propios muertos.

Mientras que él...

Sin embargo, estaba seguro, había venido al cementerio del Pére-

Lachaise.

Y por otra parte, ¿por qué habían de enterrar a su madre en otro sitio? Pero los registros... Estaban allí, bien claros. No había manera de hacer trampa con ellos.

El Chemin Serré se abría a la derecha.

Claude contó los sepulcros.

El quinto, según había dicho el guardián.

Era una sencilla lápida, con una inscripción medio borrada ya: «Familia Bernard».

Las lágrimas cegaron a Claude. ¿Qué había exactamente bajo aquella piedra? ¿Cómo saberlo?

Miró a su alrededor. ¿Dónde habría tirado su ramo de flores cuando niño? ¿Sobre qué cuerpo? ¿En qué cementerio?

Bajando la mirada, vio el ramo de flores que acababa de comprar. Lo tiró sobre los escalones de una especie de templo pretencioso en cuya base había una inscripción con letras doradas:

*Auguste Ripaille — 1905-1965
Caballero de la Legión de Honor
Funcionario de Instrucción Pública
Fue buen esposo y buen padre
Nunca será olvidado*

Claude hubiese deseado que su ramo fuese una bomba, que todo el cementerio volara por los aires, con las cruces, con los ataúdes, con las osamentas, con los registros, con la paz y con el silencio.

Se alejó, oprimiéndose el pecho con la mano, porque le costaba respirar.

El guardián le saludó al pasar. Se llevó dos dedos a la visera del quepis.

Una vez en la calle, entró en un cafetucho y pidió un coñac.

Pagó y volvió a encontrarse en la calle.

Un perro vagabundo se le acercó y comenzó a olisquearle los pantalones.

Lo apartó con el pie.

¿Dónde estaba enterrada mamá?

Caminó por la acera, calle arriba, sin rumbo fijo. En su mente bullían mil preguntas sin respuesta. ¿Por qué le habían asegurado siempre en casa que su madre estaba enterrada en el cementerio del Père-Lachaise?

El perro le seguía, mordiéndole la tela de los pantalones.

— Chucho... vete.

Su mente estaba cada vez más confusa.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

El perro sin amo, aquel animal hambriento que tenía la calle como

único hogar, destinado a ser cazado por los perreros municipales, seguía empeñado en molestarle.

Se volvió hacia él.

— ¡Chucho! ¡Márchate!

El animal dio un salto hacia atrás, asustado por la reacción del confuso Claude. Un segundo después comenzó a ladrar y a gruñir amenazadoramente.

— Supongo que no estará rabioso...

No tenía síntomas de rabia, desde luego.

Pero Claude comenzó a ponerse furioso ante la amenazadora actitud del animalucho. La ira se apoderó de él.

— ¿Es que todos tienen que tomarla conmigo? ¿Incluso tú, chucho del diablo? ¡Así te mueras! ¡Ojalá te atropelle un coche y te reviente! ¡Ojalá tus tripas salten por el aire y tengan que recogerlas con una escoba!

El perro seguía ladrándole, como si entendiera lo que le estaba diciéndole, como si quisiera contestar a sus insultos.

— ¡Asqueroso animalejo! ¡Muérete ya!

Entonces ocurrió algo muy extraño. El perro vagabundo, de repente, con el rabo entre las piernas, dio media vuelta y salió corriendo, atravesando la calle a toda velocidad con dirección a la acera opuesta.

Claude se quedó boquiabierto.

— ¿Qué le pasa al chucho?

¿Había visto algo extraño en él?

Y de repente, un automóvil que iba lanzado a velocidad mayor de la normal, enfiló hacia el perro, hizo un brusco viraje, pero no pudo eludir el encontronazo.

Un golpetazo seco, como el de un saco que se revienta contra el suelo.

Ladridos lastimeros.

Sólo dos o tres.

Un chirriar de frenos y el coche se quedó detenido frente a Claude, que miraba toda la escena como hipnotizado.

— No... no puede ser... ¡No, Dios mío!

El vehículo, no sólo había golpeado al perro con el parachoques delantero, sino que había pasado las ruedas por encima del cuerpo del animal. El resultado podía verse allí en medio de la calzada.

Un amasijo de carne y pelos en medio de un charco de sangre. Estaba completamente reventado. Sin vida.

Los curiosos se agolparon.

— Pobre animal...

— Yo le vi cruzar la calle como loco.

— Precisamente estaba molestándote a ti, ¿verdad, muchacho?

Claude no pudo contestar. Se fue hacia la esquina y allí vomitó. No podía remediarlo.

Cuando volvió la vista hacia la calzada, un barrendero estaba apartando los restos con una escoba y echándolos en el carro de la basura. El conductor del automóvil había reemprendido la marcha.

Todo había pasado en pocos segundos...

Pero, había pasado tal y como él había ordenado. Porque lo suyo, ahora que se fijaba bien, había sido una orden terminante, una sentencia de muerte.

Lo recordaba muy bien.

«¡Así te mueras! ¡Ojalá te atropelle un coche y te reviente! ¡Ojalá tus tripas salten por el aire y tengan que recogerlas con una escoba!»

Y luego...

«¡Muérete ya!»

¿Qué pasaba con él? ¿Es que él tenía un poder sobrenatural sobre la vida de los demás seres vivientes?

¿Tenía algo que ver con lo que el curandero le había dicho?

«Procura sencillamente desear... con todas tus fuerzas. Di: ¡Puedo hacer eso! ¡Puedo hacer eso! Créeme: La voluntad lo puede todo. Es cuestión de fe.»

¿Sería verdad que él tenía aquel poder?

¿Mal de ojo?

¿O sólo había sido una casualidad?

Su curación casi podía considerársela un milagro. Y se había realizado sólo cuando él quiso curarse, no antes.

Claro que todos decían que aquello sólo había estado en su mente...

Claude estaba confuso.

Levantó la mano.

— ¡Taxi!

El conductor dijo:

— ¿Se encuentra mal?

— No. Es sólo un pequeño mareo.

El viento hizo oscilar su mechón rubio.

El mareo se le pasaba.

Permaneció inerte, con la boca entreabierta y las manos flácidas sobre el asiento. Dio la dirección de su casa al taxista, que le miraba a través del espejo retrovisor.

La tumba perdida...

El perro aplastado...

No se daba cuenta de lo que ocurría, pero adivinaba una relación oculta entre todos los acontecimientos.

Se desabrochó el cuello de la camisa. El aire era más fresco, más agradable. Sí, el campo le sentaría bien.

El taxi frenó.

Al oír el ruido de los neumáticos que chirriaban, resbalando sobre el asfalto, se puso pálido.

El perro aplastado...

La casa estaba allí, detrás de la verja, profunda, silenciosa. Había llegado.

La tumba perdida...

El taxista dijo:

--¿Se encuentra mejor?

— Sí. Gracias. Guárdese el cambio.

— Gracias a usted, señor.

Entró por la pequeña puerta que Marie cerraba de noche, a las nueve en punto.

El auto del tío Robert estaba en el patio, un «Citroen». También estaba allí el gran «Hotchkiss», lo que significaba que su padre había regresado.

Marcel trabajaba dentro del garaje.

En el vestíbulo tropezó con unas maletas.

El tío Robert salió del salón, enjugándose el sudor del cuello y resoplando.

— ¡Por fin has vuelto! Date prisa... Os llevo.

—¿A dónde?

— ¿A dónde va a ser? A la finca. Y no cargues con demasiado equipaje. No tengo ganas de ir arrastrándome por la carretera.

— Pareces enfadado...

— Por culpa de tu padre. Está a punto de meterse en un buen lío. De nada sirve que le explique las cosas. El se cree más listo que nadie.

— ¿No viene con nosotros?

— No. El señor está enfadado. Bueno, date prisa.

— Pero... ¿y él?

— Ah, no me des la lata... Ve a preguntárselo.

— Es que... hubiese querido estar aquí para el día de Difuntos.

El tío chasqueó los dedos con impaciencia.

— Cuando regresemos. Entonces tendrás tiempo de sobra para ir al cementerio del Pére-Lachaise... Vamos, nos marchamos después de comer.

Claude subió a su habitación y se sentó en la cama. Esta vez se sentía derrengado. Se tendió de espaldas.

Así, pues, era cierto...

Mamá había sido enterrada en el Pére-Lachaise.

Una voz preguntó:

— Claude... ¿se puede entrar?

-Sí.

Brigitte penetró en la habitación.

— ¿Qué te pasa? Nos vamos a la finca.

— Ya lo sé.

— ¿Te encuentras mal? Has estado tanto tiempo fuera... Empezaba a

preocuparme. ¿Qué te pasa, Claude?

— Nada.

— ¿De verdad?

Claude volvió hacia la pared.

— ¿De veras quieres saberlo?

— Claro.

— He matado un perro. Lo he reventado y sus tripas han saltado por el aire.

CAPITULO 4

LA nuca del tío Robert formaba dos gruesos pliegues de color de cera, y por el espejo retrovisor se veía un ojo, aislado como un cuadro futurista, pero un ojo vivo que se fijaba durante algunos segundos en la carretera y luego se apartaba.

Claude sabía lo que el ojo miraba.

Y Brigitte también, puesto que de vez en cuando se bajaba la falda.

Etampes... Orleáns... Lamotte-Beuvron... La Sologne se extendía a lo lejos. Brigitte dormitaba. Marie mondaba una naranja. Claude miraba a su tío.

Y de repente, el zumbido del motor disminuyó.

El automóvil se desvió hacia la derecha y avanzó llevado por la inercia.

—¿Nos paramos, tío?

— Sí. Estoy anquilosado.

El vehículo se detuvo bajo unos árboles, cerca de un cruce desierto. El tío se apeó en primer lugar y encendió un cigarrillo.

—¿No quieres estirar un poco las piernas?

-Sí.

Claude dio unos pasos al lado de su tío.

Este dijo:

— Bien, ¿cómo te sientes?

— Perfectamente.

— Si te hubiesen educado de otra forma, habrías andado mucho antes. ¡Siempre en una vitrina! ¿Quieres esto? ¿Quieres lo otro? Parece que querían convertirte en un lisiado. Ah, si yo me hubiese encargado de ti... Hay que tener confianza en uno mismo.

Cogió el brazo de Claude y lo apretó hasta hacerle daño.

— Confianza en uno mismo, ¿comprendes?

Se llevó a Claude un poco más lejos y bajó la voz.

— Entre nosotros, muchacho, exagerabas un poco, ¿eh?

— ¿Cómo dices?

— Yo no soy un individuo fácil de engañar, ¿sabes? Si tú hubieses tenido las piernas verdaderamente paralizadas, ese brujo o lo que sea podía haber estado haciéndote pases y cosquillas hasta el día del juicio final sin conseguir ponerte en pie.

— ¿Crees eso?

— Vamos, vamos...

El tío lanzó una carcajada ligera, inesperada.

— Siempre te ha gustado que te mimen. Había que ocuparse de ti incesantemente. Siempre lloriqueabas cuando no encontrabas unas faldas donde refugiarte. De modo que, cuando no tuviste ya a tu madre...

— Pero... yo caí enfermo antes de enterarme de lo de mamá...

— Sí. Eso es lo que nunca he llegado a comprender

Claude tampoco lo comprendía.

Ni el curandero.

Sin duda, nadie lo había comprendido.

Miró a su tío.

— Te juro que no podía andar.

— No hace falta que jures. Sólo quiero que sepas que no soy tonto. ¡Si a tu padre también le venía muy bien tu enfermedad...! Le permitía escamotear las discusiones. Cada vez que yo quería tomar una iniciativa o le reclamaba unas cuentas, empezaba a decir que estaba abrumado, dolorido, preocupado... Entonces, yo, para no pasar por un bruto, tenía que ceder... Y el resultado ha sido que estamos a punto de pasar un mal trago. Pero ya me he preocupado de tomar mis precauciones.

Claude sintió que había palidecido.

«Le odio», pensaba.

«Le odio. Le aborrezco. ¡Le odio!»

Se volvió bruscamente y regresó al automóvil.

Poco después rodaban de nuevo por la carretera.

Y algún tiempo más tarde, el tío Robert dijo: ,

— Las cinco y veinte. Hemos hecho una media de ochenta.

Eso quería decir que habían llegado.

Aminoraron la marcha.

Claude volvió la cabeza, reconociendo los bosques que rodeaban la finca.

El coche bordeó la pared del parque, cuya parte superior estaba erizada de pedazos de vidrio. Los Jouvét sólo se sentían a gusto detrás de las rejas, de las paredes, de los cerrojos.

Marie hurgó en su bolso para sacar una enorme llave.

El coche se detuvo ante una verja de diseño majestuoso. Se distinguía

una avenida muy larga, muy sombreada, hasta la que el sol penetraba en ciertos lugares formando delgadas columnas de luz. Al extremo de la avenida aparecía la fachada gris de la casa.

Claude dijo:

— Dame.

Quiso abrir por sí solo y cogió la llave.

Los goznes estaban oxidados. Empujó inútilmente con todas sus fuerzas.

Su tío se apeó.

— Apártate, enclenque.

La verja cedió ante su presión.

Sin apresurarse, el tío volvió a instalarse ante el volante.

— Sube.

— No. Iré a pie.

— Está bien.

Claude siguió al automóvil. Odiaba a su tío, empezaba a odiarlo con toda su alma...

Caminó con una profunda alegría física por la hierba de la cuneta. ¡Era la primera vez! El bosque se extendía a ambos lados del camino y Claude sentía la vida de las hierbas, de las hojas, de los últimos insectos.

El tío luchaba con la puerta, cuya madera debía de haberse hinchado.

Entró el primero, seguido de Brigitte.

Marie, desde lo alto de la escalinata, hizo una seña a Claude, luego desapareció a su vez y muy pronto las altas persianas de la planta baja golpearon contra las paredes.

Ascendió los escalones cubiertos de musgo y llegó al vestíbulo. Reconoció las astas de ciervo colocadas en las paredes, el mosaico en forma de damero, la doble escalera monumental bordeada por una barandilla de piedra, el rellano del primer piso, y sobre todo el olor...

Un olor a bodega, a madera mojada y a frutas pasadas.

Oía los pasos del tío y las exclamaciones de Brigitte.

— ¡Oh! ¡La mesa está completamente enmohecida! Y la tapicería... ¡Mire!

Silenciosamente, atravesó el vestíbulo y empezó a subir por la escalera. La barandilla estaba helada. Sus pasos quedaban marcados en el polvo.

Por encima de él reinaba una oscuridad espesa y Claude experimentaba un complejo de sentimiento, de ansiedad, de curiosidad y de abandono.

Se detuvo en el primer piso.

Distinguía las puertas de las tres habitaciones.

La suya era la primera.

A continuación estaba la de su padre, luego la de mamá...

Al otro lado del rellano estaban las habitaciones del tío y la de Brigitte, así como una habitación para los amigos, siempre vacía. Porque los Jouvett no tenían amigos.

Se acercó a la barandilla que dominaba el vestíbulo.

Marie pasó por debajo de él. Se dirigió hacia la puerta exterior, llamándole por dos veces:

— ¡Claude! ¡Claude!

Este contemplaba las baldosas, que brillaban débilmente, como el agua de un pozo. Inclinandose un poco, adivinaba su reflejo y el silencio solemne pesaba sobre sus hombros.

Retrocedió asustado.

¡Ese vacío que formaba!

Le pareció que ya había vivido un momento análogo... Estaba seguro...

Se inclinaba, algo se movía en la oscuridad, el péndulo de un reloj...

Pero no.

Había debido soñar esta escena y, por lo menos, ningún reloj perturbaba la tranquila pesadez de la casa.

Lo que hacía falta era abrir, abrirlo todo, hacer que penetrase el aire, la luz. Expulsar la soledad, el silencio.

Claude corrió a su habitación y empujó los postigos.

Marie estaba en la escalinata. Levantó la cabeza y agitó su mano huesuda.

— Me han asustado... Baja en seguida... Ya me ocuparé luego de las habitaciones.

¡Bueno! Todo iba bien. Con la mirada, Claude volvió a tomar posesión del dormitorio. El aire era frío y pegajoso.

Respiró más profundamente y salió.

Abajo se oía blasfemar al tío.

Marie decía:

— Sin duda se trata de una avería.

— ¡Una avería! ¡Cállese de una vez! Estoy seguro de que es esa porquería de contador. ¡Ah! ¡No me extrañaría que fuese esa instalación! Cuando mi hermano se pone a economizar...

Claude accionó el conmutador del rellano.

Las bombillas no se encendieron.

¡Tanto mejor!

Se deslizó a la habitación de su madre y entreabrió los postigos. Temblaba. Mamá... Había estado viva entre aquellas paredes... Claude andaba lentamente por la habitación. Jamás había vuelto a entrar en ella. La había olvidado poco a poco.

Por lo demás, no contenía nada digno de interés. Una cama, un armario, dos butacas, un secrétaire, un reloj sobre la chimenea y, por todas partes, olor a moho...

De vez en cuando un crujido.

Los gusanos trabajaban en el corazón de las vigas.

Los gusanos...

Claude se pasó la mano por la frente y echó hacia atrás su mechón. Tenía la sensación de ser un visitante, un extraño. Mamá había desaparecido. Había condenado su habitación.

Eso era todo.

No había nada que esperar.

El pasado no tenía nada que decir.

Se sentó ante el secrétaire donde su madre escribía su correspondencia. Bajó la tapa. El óxido corroía las bisagras. A ambos lados había dos hileras de cajones. Estaban vacíos.

¿Por qué había de dejar algo mamá?

No quedaba más que un bolígrafo seco y un trapo para limpiarlo, viejo y deshilachado.

Claude abrió el cajón central.

Contenía un cuadro, pero el cajón funcionaba mal, el cuadro se encallaba, rehusaba salir.

Claude debió sacar todos los cajones y golpear. Acabó por extraer la tela y la presentó a la luz.

De momento no comprendió.

Tenía ante él su retrato reproducido con una fidelidad fascinante: la inclinación de su cabello, los ojos azules algo velados, las mejillas enjutas, las comisuras de los labios que caían ligeramente... Y luego descubrió los pendientes y dejó el cuadro.

Abajo proseguía la discusión. El tío despotricaba y se distinguía ruido de herramientas.

Claude bajó temerosamente la mirada.

Volvió a ver al adolescente con pendientes.

¡Era mamá!

Ahora recordaba aquellos pendientes, dos anillos de oro que se balanceaban al extremo de una cadenilla casi invisible.

Claude llevó el cuadro a la repisa de la chimenea y lo apoyó contra el espejo. Veía su propio rostro al lado del otro con el mechón cayendo sobre ambas frentes.

Retrocedió, pero los ojos azules permanecieron fijos en los suyos, y en la penumbra eran extraordinariamente vivos, muy suaves, algo tristes, como después de una larga enfermedad. El pintor había firmado en la parte baja del cuadro, a la derecha...

¿De dónde procedía aquel cuadro

¿Y por qué lo habían metido de cualquier modo dentro de un cajón antes de cerrar la puerta y dar vuelta a la llave?

Desde hacía doce años aquel rostro estaba prisionero en el fondo de las tinieblas.

—¿Por qué culpa?

Miraba a Claude y no parecía en modo alguno liberado.

— ¡Claude!

La voz de Marie.

Nunca le dejarían un minuto de tranquilidad.

Hizo un ademán en dirección al cuadro, como para tomarlo por testigo.

El ojo azul parecía animarse, expresar confusamente una súplica...

Claude cogió el retrato, se lo puso bajo el brazo y salió furtivamente de la habitación.

— ¡Claude!

Regresó a su cuarto de puntillas.

¿Dónde ocultar a mamá ahora que la había liberado?

Las manos de Marie buscaban siempre por todas partes...

Provisionalmente, encima del armario. Subió en una silla y disimuló allí el cuadro. Sentía deseos de pedir perdón a la muerta.

— ¡Claude!

Marie llegaba al rellano.

Claude apartó la silla y fingió que se peinaba ante el espejo del armario.

Marie entró.

Desconfiada, miró a su alrededor.

— ¿Es que no sabes contestar cuando te llaman? Te he preparado un vaso de leche caliente. Se va a enfriar. Baja.

Claude se encogió de hombros y pasó ante la vieja.

La leche. El reconstituyente. Las gotas. El granulado. ¡Hasta cuándo, Dios mío, hasta cuándo!

Bajó.

El tío ya no gritaba, pero la electricidad seguía sin funcionar. Cenarían a la luz de las velas.

¿Dónde estaba Brigitte?

Nadie en el salón.

Nadie en el comedor.

El tío estaba en la cocina. Reía. Hablaba a Brigitte.

Se apartó cuando vio entrar a su sobrino.

CAPITULO 5

EL tío Robert estaba en camisa, remangado, con la frente sudorosa. Sobre la mesa había una botella de vino, un vaso y otro con leche hasta el borde.

— Como era de esperar, tu padre se olvidó de avisar a la mujer de la limpieza. Tampoco hay madera para encender el fuego. El campo es muy bonito, pero sabiendo organizarse. Ahí tienes tu biberón, Claude. Aunque yo en tu lugar me bebería un vaso de vino.

Echó vino en el vaso.

—A tu salud.

Claude fue a buscar otro vaso.

Brigitte dijo:

— No. No debes.

— ¿Qué es lo que no debo?

— Tu padre no quiere que bebas vino.

Claude echó vino en su vaso y, desafiando a su tío que reía, se lo bebió de un trago.

Brigitte dijo:

— Hace usted mal, señor Jouvét. Sabe muy bien que hay que tener cuidado con Claude.

El tío reía tan a gusto que tuvo necesidad de sentarse.

— Esto es de lo más cómico...

Tuvo un ataque de tos que lo congestionó. Con mano temblorosa, volvió a llenar los vasos.

— A tu salud, Brigitte. Por tus amores.

Bebió lentamente.

Luego se levantó y dio un golpecito en la mejilla de la muchacha.

— Sin rencor.

Señaló a su sobrino con el pulgar y agregó:

— Hágle que trabaje un poco. No siempre va a tener criados.

Claude contestó:

— Trabajaré si me da la gana. No tengo por qué recibir órdenes. Ya estoy harto de ser tratado como un... como un...

Furioso, cogió la botella de vino. Ya no sabía si tenía deseos de beber o de estrellarla contra el suelo.

El tío dijo:

— Fijaos en esto. ¡Tiene agallas!

Se sacó del bolsillo un puñado de cigarros, escogió uno y le cortó el extremo con un golpe seco dado con un cuchillo de cocina.

— Sería un placer domesticarte.

Escupió pedazos de tabaco y se dirigió hacia la puerta, que abrió. A contraluz, no se veía más que una silueta enorme que se detuvo un momento y dio media vuelta. Claude llenó el vaso y se lo llevó a los labios con actitud provocativa.

— Pobre Claude... Te queda aún mucho para ser un hombre.

Descendió la escalinata y sus pies aplastaron la grava del jardín.

Claude dejó su vaso y miró a Brigitte, que lloraba.

No se atrevía a moverse. Le dolía la cabeza.

— Brigitte... mi tío es un idiota. No hay que tomarlo en serio... ¿Por qué lloras? ¿Por lo que ha dicho al salir?

Meneó la cabeza.

— Entonces... ¿porque ha brindado por tus amores?

Se aproximó a la joven y le rodeó los hombros con un brazo.

— A mí no me desagrada. Supongamos, Brigitte, que yo estuviera... un poco enamorado de ti... ¿Qué hay de malo en ello?

Brigitte se soltó.

— No. No puede ser... Tu padre se enfadaría si se enterase de que... Me obligaría a marcharme.

— ¿Y no quieres irte?

-No.

— ¿Por mí?

Ella vaciló y una rigidez dolorosa contrajo la nuca y los hombros de Claude. Acechaba los labios de Brigitte. Adivinaba lo que iba a decir y levantó la mano.

— No, Brigitte... Ya sé.

Dio unos pasos y cerró la puerta con la punta del pie.

Luego, maquinalmente, movió los vasos.

Se sentía dolorido. Era la primera vez que ya no pensaba en sí mismo.

Interrogó a Brigitte desde lejos.

—¿Tan difícil es encontrar un empleo?

No. Sin duda no era eso.

Una especie de alegría melancólica asomó al rostro de Brigitte.

Claude dijo:

— Discúlpame.

Se sirvió un poco de vino. Brigitte hizo ademán de coger la botella.

— Déjame. Lo necesito.

— Claude, no seas chiquillo...

— Eso es lo que creéis todos, ¿eh? Pues me voy a poner a trabajar. Ya lo verás. Pensáis que no soy capaz de hacer nada útil.

Se acercó a la cocina económica y quitó los aros, cogió un periódico viejo y lo arrugó rabiosamente.

— Encenderé el fuego. Dame una cerilla.

Pero...

— ¿Crees que no sé?

— Eres un chiquillo, Claude.

En ese momento entró Marie y él se volvió, con las manos sucias y el mechón cayéndole sobre el ojo.

Marie atravesó lentamente la cocina.

— Lo único que faltaba. Tú encendiendo el fuego. Anda, anda...

Le cogió las manos, se las limpió con una esquina del delantal y luego lo empujó hacia el patio y cerró de golpe la puerta.

De la leñera llegaban unos golpes sordos y rítmicos. El tío Robert manejaba el hacha.

El automóvil estaba aún al pie de la escalinata con las portezuelas abiertas.

De repente, la luz se había vuelto triste y la vida parecía no tener objeto.

Regresó al vestíbulo y se sobresaltó al sorprender el tic-tac de un reloj.

Marie había dado cuerda al que se encontraba bajo la escalera.

Subió a uno de los cuartos de baño.

Se miró en el espejo.

¿Qué pasaba con él?

Durante años se había alimentado con fábulas y cuentos. Incluso aquel mismo día había urdido Dios sabe qué a causa de una tumba y luego de un perro aplastado. Por poco más, se hubiese figurado que su mirada había sido suficiente para atraer la desgracia sobre el perro.

Claro que no le hubiese desagradado sentirse poseedor de un poder maléfico, creerse semejante a esos árboles venenosos que matan a distancia.

Los manzanillos, por ejemplo, sobre los que había leído terribles relatos de exploradores.

Pero todo eso había terminado.

Terminada la infancia.

Nadie le quería.

Tal vez tuviesen razón.

Salió del cuarto de baño y estuvo a punto de tropezar con Brigitte. Esta llevaba una maleta.

— Dame...

Entró en la habitación de la joven y echó la maleta sobre la cama.

— Brigitte, te debo una disculpa. Hace un rato he estado ridículo. Es estúpido todo lo que voy a decir, pero... siento celos de mi tío. No puedo soportar que te mire de cierta manera...

Brigitte sacó una blusa de su maleta.

— ¿Es que no te das cuenta de que sólo quiere meterse contigo?

— Es algo más. ¿Por qué te ha traído a ti? Para pasar la velada contigo...

— No digas esas cosas.

— Eres sorprendente, Brigitte. Cualquiera diría que no sabes ver el mal.

Ella se puso la blusa.

— Te gusta atormentarte.

Se ahuecó la cabellera rubia y sonrió.

— Créeme, tu tío no es peligroso.

— ¿Y tú que sabes? ¿Es que has tratado a muchos hombres?

— ¡Claude! Te prohíbo que me hables en ese tono.

— Brigitte, ¿no comprendes que soy muy desgraciado?

— Basta. Vamos a poner la mesa, será mejor.

El se mostró suplicante.

— Brigitte, espera... Antes de venir a casa, ¿dónde estabas?

— De sobra lo sabes. Te lo he dicho cien veces. Estaba en Inglaterra, trabajando y estudiando inglés. De enfermera en un hospital. Te diré una cosa, Claude. No me gustan tus modales. Desde hace unos días, tú...

Apoyó la mano en el pomo de la puerta, pero él la retuvo por el brazo.

— Brigitte, vas a jurarme que nadie... Quiero decir, que nadie se ha interesado por ti.

— Te estás poniendo grosero, Claude.

— ¡Júralo! Te lo ruego, júralo.

Ella le miró a la cara.

Claude la vio muy próxima.

Nunca habían estado tan cercanos. Distinguía en sus pupilas el contorno curvado de la ventana y una minúscula nube.

Tuvo la impresión de que iba a caer, a caer hacia aquel rostro.

Cerró los ojos.

— Te lo juro, Claude.

— Gracias... Note nuevas... Todavía no.

Claude sintió que ella le acariciaba la frente exactamente como mamá

antaoño, y se apoyó con un hombro en la pared.

Brigitte le cogió por la mano.

— Ahora vas a ser bueno. Ven... Bajamos.

— ¿Te quedarás?

— Me parece que nadie ha hablado de marcharse.

— Pero te quedarás... por mí.

— Desde luego.

— El tono carece de convicción. Dilo mejor.

— Des-de-lue-go. ¿Estás contento?

Los dos rieron.

De repente había surgido entre ambos algo que se asemejaba a una compenetración maravillosa.

Ella no mentía. No podía mentir. El lo hubiese adivinado.

Se dejó llevar hacia la escalera.

—Vamos a cenar a la luz de las velas. Es demasiado tarde para que venga alguien del pueblo a arreglar la avería.

Entraron en el enorme comedor y Claude abrió el cajón del aparador mientras Brigitte ponía el mantel.

— ¿No estás cansado? No me gustaría que me regañaran... No, el plato llano debajo... Déjame hacerlo a mí. Iremos más aprisa.

En la cocina se preparaba una tortilla y se descorchaban botellas.

Brigitte fue a llenar un jarro y disolvió un comprimido en un vaso de agua.

— Es para dormir. Tú también deberías tomar uno.

El tío Robert gritó:

— ¡A la mesa! Me lavo las manos y en seguida estoy con vosotros.

Claude encendió las velas y las colocó en los candelabros, en tanto que Brigitte cortaba el pan y acercaba las sillas.

— Claude, ponte al lado de tu tío.

— Sí.

Marie trajo la sopa. Se sentaron. El tío Robert se les reunió con dos botellas de vino, Pommar o Châteauneuf, en una mano y su cartera en la otra.

— Estoy derrengado... Esta luz fúnebre no me gusta ni pizca. Es triste y no para de oscilar... Parece como si estuviéramos en un entierro o velando un cadáver... No, yo no quiero sopa.

Claude miró a su tío, pero no dijo nada.

Un entierro. Velando un cadáver. ¿Por qué había dicho eso?

El tío Robert sacó unos expedientes de su cartera y los abrió ante su plato. Mordisqueó un pedazo de pan y en sus mejillas se movieron todos los músculos.

Estaban en un entierro...

Estaban velando un cadáver...

— Si el listo de mi hermano hubiese querido escucharme, a estas

horas no estaríamos con el agua al cuello. Pero mi hermanito tiene por costumbre no hacerme caso. Trabaja en su despacho, no como yo, que me desplazo a todos sitios.

Se volvió en dirección a la cocina.

— Bueno, esa tortilla, ¿es para hoy?

Y prosiguió con voz ronca:

— Si no fuera por mí, lo que es mi hermano...

Claude observó:

— Siempre estás criticando. ¿Qué harías tú en lugar de papá?

Notó que Brigitte le hacía señas, pero estaba decidido a no verlas. No quería ver a nadie.

El tío dijo:

— ¡Vaya! De modo que soy un criticón. Aún no he abierto la boca y ya está. No tengo razón. Pues bien, en lo sucesivo nunca más me equivocaré. Porque voy a desentenderme de la casa Jouvét. Esta vez estoy resuelto. Porque estoy harto de sacarle las catañas del fuego al inútil de tu padre desde hace veinte años.

Se sirvió vino con movimientos violentos mientras Marie servía la tortilla.

Claude dijo:

— Las castañas del fuego... ¿No exageras un poco?

— ¡No acostumbro a exagerar! ¿De quién fue la idea de comprar los almacenes que tiene la sociedad? ¿Quién creó la sociedad? Yo no he ido a la universidad. No soy un letrado, pero sé manejar a la gente. Si no hubiese estado aquí para prevenir sus errores, ¿dónde estaría tu padre a estas alturas? El, que ni siquiera ha sabido dirigir su familia. ¿Y qué he obtenido a cambio? Ni siquiera las gracias. Todo es poco para el señor Jouvét. Ya nuestra madre vivía postrada ante él. Era tan serio, tan distinguido... El gran hombre de la familia. Hay unas cuantas verdades que deberías saber, mocoso.

Claude estaba pálido.

— ¿Por qué no me las cuentas?

— ¡Insolente! Marie, el segundo plato... No. Tráigame el café.

Metió de cualquier modo los documentos en su cartera y echó a un lado el plato.

Marie, silenciosa, traía el jamón.

La noche había caído desde hacía mucho rato. Alrededor de la mesa no había más que tres rostros suspendidos y, detrás de ellos, grandes sombras que se movían. El tío escogió un cigarro.

— Me marchó. Ese asunto de Hamburgo que tu papáito rechaza, lo voy a tomar por mi cuenta. Naturalmente, retiro mi capital de la sociedad. Que se las apañe como pueda. Estoy harto de hacer el primo.

Encendió el cigarro.

— Debería marcharse conmigo, Brigitte. Necesitaré una secretaria. Le aseguro que saldrá ganando con el cambio. Haremos un viaje por Alemania, Suiza, Austria... ¿No le atrae un viaje así?

Marie colocó ante él una taza de café humeante. El tío hurgó en el azucarero.

— Ahora que mi sobrino Claude está curado, no podrá seguir haciendo de enfermera. No estaría bien visto.

Claude tiró el tenedor sobre la mesa y se levantó con un movimiento tan brusco que las llamas de las velas se agitaron todas a la vez.

Apretó los dientes.

—Tonterías. ¡Tonterías! No tienes la menor intención de marcharte. Dices eso para impresionar a Brigitte. Pero ella no te acompañará. Tú no le gustas.

— ¿Te lo ha dicho ella?

-Sí.

El tío se bebió el café, se secó el bigote con la servilleta y se levantó lentamente.

— Me marcharé mañana por la mañana, a las siete. Esté preparada, Brigitte.

— ¡Ella no irá!

— Ya lo veremos.

Se detuvo ante su sobrino, con un pulgar bajo el sobaco y el cigarro entre los dedos.

— Me detestas, ¿verdad? Sí, sí, me detestas. Para eso es para lo que servís, para detestar. Si no fuese tu tío, y si no fueses tan enclenque, sé de sobra lo que harías.

La puerta de la cocina se abrió bruscamente y todos volvieron la cabeza. Vieron a Marie en el umbral.

— ¿Puedo quitar la mesa?

El tío se encogió de hombros.

— Haga lo que quiera. Buenas noche, Brigitte. A las siete, no lo olvide. Ajustó su reloj de pulsera con el que había bajo la escalera y ascendió pesadamente por ésta.

Claude le miraba subir.

Temblaba.

Sí, había sentido deseos de coger un candelabro y, con todas sus fuerzas... ¡Ah! ¡Qué hombre tan odioso!

Llegaba al rellano, se acercaba a la barandilla... Apenas si le llegaba a la cintura. Un empujón, y...

— Buenas noches.

Luego se oyó su puerta que se cerraba y sonaron unos crujidos en el techo.

Claude dijo:

— No te irás con él, ¿verdad?

— Claro que no.

El cogió uno de los candelabros y lo acercó al rostro de la joven.

— ¿Qué haces?

— Quiero estar bien seguro. Si ahora mintieses, lo descubriría. Brigitte, si te marchases, sería capaz de...

Dejó el candelabro y se desanudó la corbata con un movimiento brusco.

— Dame uno de esos comprimidos. De lo contrario, voy a pasar la noche en blanco.

Ella disolvió por sí misma la pastilla en el vaso.

Claude bebió y se relajó un poco.

Trate de sonreír.

— No digas nada de esto a mi padre.

— Está bien.

Las velas ardían suavemente. La noche estaba allí, en todas partes, tras los cristales, en los pasillos, en las habitaciones vacías.

Claude se inclinó hacia Brigitte.

— ¿Oíste lo que dijo? Pretende que mi padre no ha sabido organizar su familia. ¿Qué querría dar a entender?

— No le hagas caso.

— Pero...

— ¿Por qué no te vas a la cama? Buenas noches.

— Dame un beso.

— ¡Claude!

— Dame un beso. Si quieres que duerma, tienes que besarme. Después te diré una cosa. Una cosa muy importante.

— ¿Me prometes marcharte en seguida a tu habitación?

— Sí.

Brigitte le dio un beso en la mejilla. El, de pronto, unió sus labios a los de ella. La abrazó. Ella no pudo o no quiso desasirse de aquel abrazo.

— Claude, eres un... un...

— ¿Qué?

— Eres insoportable. Bueno, ¿qué es eso tan importante que tenías que decirme?

— Hace un rato he deseado que mi tío se muriese. Lo he deseado con todas mis fuerzas, como cuando lo del perro.

CAPITULO 6

CLAUDE cogió el candelabro más próximo.

— Buenas noches, Brigitte.

— Buenas noches, Claude.

Subió la escalera arrastrando su sombra que se rompía en los escalones.

Realmente, tenía sueño.

Su habitación le pareció inmensa, hostil. Cerró la ventana, porque tenía miedo de los murciélagos, y se desvistió. Las sábanas estaban heladas, un poco húmedas. Casi castañeo los dientes y se frotó las piernas.

¿Y si mañana no se movieran?

Pero no.

Basta con querer... Basta con querer...

El sueño ascendía hacia él como una niebla. El comprimido de Brigitte. Pensó en el retrato colocado sobre el armario. Tenía miedo. Pero no tenía nada que temer de mamá. Por el contrario, ella velaría por él...

Los pasos de Brigitte hicieron crujir el maderamen del rellano.

Luego un perro ladró muy lejos, en el campo.

Recordó confusamente que no había cerrado con llave la puerta, pero estaba demasiado amodorrado para intentar moverse.

Qué importaba...

Por lo demás, no había de ocurrir nada.

No podía suceder nada.

Nada.

Tuvo un sueño, sin duda muy breve. Experimentó un pequeño sobresalto porque una mano le tocaba la frente. Una voz muy vieja murmuraba palabras, quedamente. La mano fría bajaba por sus mejillas, luego volvió a subir para asegurarse de que sus párpados estaban cerrados.

Todo esto ocurría muy lejos, era muy suave. Eran manos amantes que palpaban, que entraban en posesión del rostro purificado por el sueño.

Claude perdió la consciencia.

Fluyó entre dos orillas negras.

Era mamá. Es decir, era el cuadro que permanecía encima del armario, que había tomado cuerpo. Mamá, que quería decirle algo.

— Mamá, ¿qué quieres decirme?

Igual que en el invernadero. El mismo rostro, la misma dulzura al mirarle...

— Nada, mi pequeño Claude. Descansa. Duerme, estás muy cansado.

— ¿Qué quieres, mamá? Deseas decirme algo, ¿no es verdad? ¿Qué es?

— Duerme Descansa.

— ¿Qué es, mamá?

Pero ella volvió al armario para convertirse en un retrato, un retrato cuyos ojos miraban como si en ellos hubiera vida.

Cuando Claude volvió a la realidad, todo sudoroso, jadeante, oyó que el reloj tocaba siete campanadas.

¡Siete campanadas!

Eran las siete de la mañana y ésa era la hora que había dicho el tío Robert. A esa hora pensaba marcharse.

La ventana dibujaba un rectángulo gris cruzado por dos stones en forma de espada.

De repente, Claude se incorporó sobre un codo.

Sabía... Estaba seguro... Brigitte se había marchado.

Se levantó y abrió la puerta.

Una luz tenue iluminaba el rellano, mientras la escalera se sumergía en una especie de fondo submarino.

Cruzó el rellano.

El reloj latía lentamente en el silencio del vestíbulo y a veces se oía el choque muy suave, casi imperceptible, del péndulo contra la caja de madera.

El mosaico, abajo, brillaba como un lago. Claude asomó la cabeza por encima del vacío, con un movimiento del busto cuya prudente lentitud reconoció. Este ademán lo había hecho ya, mucho, mucho tiempo antes, tal vez en sueños, tal vez en una vida anterior.

Sabía ya lo que iba a ver exactamente bajo él.

Sabía ya que iba a ver una forma negra y retorcida.

Claude, agarrado a la barandilla, con el rostro empapado de sudor, contemplaba la terrible silueta aplastada allí abajo en el mosaico, y no se atrevía a respirar.

Así pues, ¿había bastado odiar ligeramente para...?

Empezó a bajar.

La comprensión de su poder le oprimía la garganta, le hacía temblar las piernas. Ya no sentía la frialdad del mosaico bajo los pies desnudos. Jugaba al juego estremecedor que lo absorbía por entero.

Se detuvo junto al cadáver caído, como un muñeco desarticulado.

Nunca había visto un muerto.

No era nada impresionante.

El tío Robert estaba en pijama, con los pies desnudos dentro de las zapatillas. Estaba tendido boca abajo, con el brazo derecho doblado. No se veían huellas de sangre. Era un muerto muy pulcro.

Limpiamente fulminado.

Claude se arrodilló, porque de repente tenía la impresión de estar tan vacío como el cuerpo tendido ante él. Sí, había detestado a su tío, y no sólo a causa de Brigitte. Por otros motivos más difíciles de explicar. Porque el tío había llevado luto por mamá.

Murmuró:

— Puesto que lo he matado, soy fuerte, tengo poder...

Pero no era cierto.

No podía ser cierto.

Sería demasiado fácil si bastase con...

Adelantó una mano y tocó el hombro del cadáver. La retiró inmediatamente y luego se obligó a alargarla de nuevo y a dejarla sobre el hombro inmóvil.

No era tan horrible.

El tío Robert había caído por encima de la barandilla, engañado por la oscuridad.

Nada más.

¿De qué servía imaginar cosas extrañas?

Pero, ¿había caído el tío Robert verdaderamente por encima de la barandilla?

El día llegaba.

Claude, silenciosamente, se incorporó.

El no se había movido, no se había levantado de la cama. Había dormido de un tirón. El caso del perro había sido muy distinto. El había iniciado un gesto de amenaza. El perro había salido corriendo como un loco.

Pero, ¿qué relación había entre la disputa de la víspera y aquel cuerpo aplastado?

¿Cómo creer de buena fe...?

Oyó los pasos de Marie.

Con las manos en los bolsillos, atravesó el vestíbulo para salir a su encuentro.

— Claude... ¿te sientes mal?

— ¿Por qué me tengo que sentir mal? Estaba despierto... Y acabo de hacer un extraño descubrimiento.

— ¿Qué es?

Ven a ver.

Ella se apresuró detrás de Claude.

-Ahí.

Ella volvió la cabeza y lanzó una pequeña exclamación.

— ¡Dios mío!

— Ha caído esta noche. No sé cuándo. No he oído nada.

La vieja se oprimía las manos.

Claude dijo:

— Es un accidente...

— Un accidente...

— Hay que hacer algo.

— Vete a tu habitación. Voy a llamar al médico. Y luego a tu padre... aunque tal vez se encuentre en camino.

Se acercó tímidamente al cuerpo. Claude alargó la mano hacia el pecho del cadáver, pero ella se lo retiró.

— No, no... No hay que tocar nada hasta que la policía...

— ¿La policía? No tendrás intención de avisar a la policía...

— Es necesario. Ya sé que...

— ¿Qué es lo que sabes?

Entonces Claude vio que la vieja Marie lloraba.

Igual que cuando murió mamá...

Claude se dirigió hacia el teléfono.

— ¿Qué vas a hacer?

— Llamar al doctor Duval. ¿Cuál es su teléfono? Es el número veintiocho, ¿no?

— Yo le llamaré.

— ¿Es que no soy bastante mayorcito para llamar por teléfono?

— Sí, es el número veintiocho.

Descolgó el auricular.

— Oiga, deme el número veintiocho... Cualquiera diría que tienes miedo. ¿Tienes miedo? ¿De qué? ¿Crees que alguien le ha empujado? Vaya... ¿Oiga? ¿El doctor Duval?

— Aquí Jouvét... Claude Jouvét.

Sí. Ando, estoy curado.

— Es una historia muy larga. ¿Puede venir enseguida? Mi tío Robert se ha caído esta noche desde el primer piso. Ha debido tropezar con la barandilla.

— Está muerto, sí.

— Sí, gracias... Hasta ahora.

Colgó el auricular.

— Dice que coge el coche y que viene enseguida...

Marie se encorvó aún más y ocultó sus manos bajo la toquilla, con aire asustado, como si la casa estuviera llena de fantasmas.

— No te entiendo, Claude. Cualquiera diría que esto te causa placer. Tu padre se pondrá furioso cuando se entere...

— ¿Qué piensas contarle? Mi padre... Mi padre... Mi padre estará muy contento de haberse librado de su socio.

— ¡Claude! No digas esa monstruosidad.

Marie se aproximó al teléfono, cogió el auricular y pidió hablar con la policía.

Claude subió la escalera.

— Brigitte... ¡Brigitte!

Sacudió la puerta.

Abajo, Marie cuchicheaba con voz monótona.

— ¡Brigitte!

La puerta se abrió bruscamente.

— ¿Qué sucede? ¿No te encuentras bien?

— Y dale...

Se miraron con hostilidad. Ella acababa de anudar el cinturón de su salto de cama y su rostro mostraba las señales del sueño. Claude no la había visto nunca bajo la luz del despertar, con los ojos hinchados y sin brillo, con los labios descoloridos. Sin razón, sintió lástima de ella.

— ¿Qué deseas, Claude?

— ¿No has oído nada esta noche?

— Cuando tomo un somnífero, nunca oigo nada.

— Entonces, ven.

La arrastró, casi a la fuerza, hasta el borde del rellano.

— Asómate.

Un rayo de sol, rojo y sin calor, cortaba oblicuamente el vestíbulo. Marie había callado.

— Exactamente debajo.

Acechaba el grito, y sus manos se pusieron a temblar sobre la barandilla.

— Está muerto. Parece un accidente, pero... ¿Lo es? ¿Estás segura de no haber oído nada?

Brigitte volvió lentamente la cabeza. Sus ojos tenían la expresión de la locura y una especie de tos sacudió sus hombros. Claude pasó el brazo alrededor de la cintura de la joven y la condujo a su habitación.

Brigitte se sentó en la cama deshecha.

Claude dijo:

— Los gendarmes van a interrogarnos. No debemos hablar de la pelea de anoche. Dios sabe lo que imaginarían... y te aseguro que en toda la noche no he abandonado mi habitación. ¿Me crees, Brigitte? He deseado su muerte, es cierto. Y ahora, tal vez no me disguste lo ocurrido. Pero te juro que no he hecho nada, no he intentado nada... A menos que supongamos que doy mal de ojo...

Trató de sonreír.

— ¡Vamos! Di que doy mal de ojo.

Ella sacudió la cabeza, sin responder.

— ¿Por qué me miras de esa manera? Quizá poseo un poder sobrenatural, un poder de ultratumba... Me parezco mucho a mi madre. Somos exactamente iguales. ¿Quién dice que ella no está

dentro de mí? Una venganza, quizá. Anoche pudo meterse dentro de mi cuerpo, viniendo desde el armario...

-¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Cómo puedes bromear en momentos como éste? Eres un chiquillo, Claude, pero un chiquillo irresponsable.

-Pues cualquiera diría que te doy miedo. ¿Por qué estás asustada? ¿Es por lo del mal de ojo? ¿Es porque piensas que puedo ser la reencarnación de una muerta?

— Anda, ve a vestirte. Puedes coger frío.

— Una muerta cuya tumba no existe. Quizá es un cadáver que vaga por los espacios, sin rumbo fijo, sin un lugar donde reposar. Y que por eso ha escogido mi cuerpo para habitarlo.

— Claude, por favor...

— Estás convencida de que soy peligroso. ¿A que sí?

— No.

—Tal vez sí sea peligroso. Mi tío debía creerlo, y tengo la impresión de que él era muy listo.

Oyeron el coche que se detenía ante la escalinata y el golpe de la portezuela al cerrarse.

— Márchate, Claude.

— No hablarás a nadie de la pelea, ¿eh? A nadie. De lo contrario... explicaré que soy tu amante, que tú y yo estamos liados. Y tú no querrás que diga eso, ¿verdad?

— ¡Claude!

— Hasta luego.

Salió, y reconoció abajo la voz del doctor Duval.

CAPITULO 7

ERA una voz cálida, resonante, algo estridente. Una voz de hombre sin doblez. Que nada entiende de sutilezas ni de misterios.

—¿Han llamado al señor Jouvet? Vaya sorpresa cuando llegue.

Marie cuchicheaba una larga frase que no podía entenderse.

— A pesar de todo, es una curiosa fatalidad...

Claude se puso las zapatillas, se echó el batín sobre los hombros y bajó.

Marie ya no estaba.

Duval estaba agachado junto al cuerpo, que examinaba mientras respiraba sofocadamente. Vio la sombra de Claude sobre el mosaico y levantó la cabeza.

— ¡Caramba!

A pesar de la presencia del cadáver, reía.

Se notaba que no le gustaba ni la enfermedad, ni la muerte, ni tal vez, incluso la medicina.

— ¡Así que puedes andar! Me resistía a creerlo.

Claude comprobaba que Duval era más bajo que él y, por primera vez, se fijaba en su obesidad, en su papada y en sus manos redondas y lisas.

—¿Es cierto lo que me han contado?

-Sí.

¿Qué les ocurría a todos que se asombraban cuando se hablaba del curandero? ¿Qué sabían ellos de la realidad oculta de las cosas y de las influencias secretas más allá de lo que se ve y de lo que se toca? ¿Por qué era preciso que el mundo estuviera lleno de doctores Duval y de señores Jouvet?

— ¿Me permites?

Y sus manos rollizas se pusieron a recorrer los muslos y las pantorrillas de Claude.

— En principio, no soy contrario a los curanderos. Sólo deseo comprobar. En tu caso, con tu herencia...

—¿Mi herencia?

— Sí, eres muy nervioso, sensible a la menor impresión...

Duval pareció de repente malhumorado y con prisa.

— Estoy aquí charlando como si estuviéramos en consulta. Casi me he olvidado de tu pobre tío Robert. Sin duda es su corazón lo que ha fallado.

— Creo más bien que se ha matado al caer.

Duval se encogió de hombros.

— Es posible.

Se arrodilló con precaución, para no arrugar su traje y dio vuelta al cadáver.

El rostro del muerto apareció tumefacto, contraído en una mueca de dolor y manchado de sangre en torno a la nariz y la boca. Sus ojos estaban desorbitados, como si momentos antes de morir hubiese visto algo que le hubiera horrorizado, algo que hubiera llenado de espanto su alma.

Claude inspiró profundamente y apretó los puños.

¡Despreciar aquello!

Había que despreciar aquello...

Sobre todo para no pensar que había podido sufrir durante mucho rato.

El doctor dijo:

— ¿Qué es eso?

Sacó un objeto brillante que estaba sujeto bajo el vientre del cadáver y lo levantó hacia la luz.

Era un vasito de plata aplastado.

Claude sugirió:

— Habrá querido ir a beber.

— Por lo tanto, no se sentía bien. Y ha sufrido la crisis en el rellano. Ha tratado de apoyarse en la barandilla... La angina de pecho es esto. Cuando menos se espera...

Tiró del brazo derecho, doblando, sin conseguir moverlo.

— Rigidez acentuada... Poca pérdida de sangre... La muerte ha tenido lugar hace bastantes horas y no ha sido provocada por la caída. Evidentemente, la autopsia nos informaría con mayor detalle. Pero confío en que podremos prescindir de ella... ¿Tu tío no tenía aire cansado ayer?

— Sólo estaba un poco nervioso.

— ¿Había tenido alguna contrariedad?

— Pues... no. No lo creo.

Duval se levantó y se sacudió el pantalón.

— La última vez que lo examiné tenía veinticinco de presión. Fue precisamente el año pasado, al final de las vacaciones. Ya se lo había advertido, pero como es lógico él no me tomó en serio. En el fondo, es una hermosa muerte. Uno se va limpiamente; sin ser una carga para... Sacó su pipa y volvió a guardársela en un bolsillo con ademán impaciente.

— Un día u otro habremos de marcharnos.

Se dirigió hacia el comedor mientras desenroscaba el capuchón de su estilográfica.

Se instaló en la mesa donde Marie había puesto tazas y una botella de coñac.

— Por lo que a mí concierne, puedo firmar inmediatamente el permiso de inhumación. Cuanto antes terminemos con las formalidades, mejor. Marie trajo el café mientras Duval escribía, y miró recelosamente a Claude.

Este empezó a decir:

— De todos modos, es curioso.

— Si hubiese muerto al volante de su coche o firmando el correo, también hubiera parecido curioso. Las muertes repentinas siempre resultan extrañas.

Duval firmó pomposamente y llenó de café su taza.

— Si no veo al señor Jouvét, díganle que haré lo necesario. ¿Me comprenden? La noticia no se difundirá. Conozco a Pascal, el brigadier. Se callará.

Claude dijo:

— No veo por qué habría que ocultar que mi tío Robert ha muerto de una angina de pecho.

El doctor se puso colorado y estuvo a punto de contestar con viveza. Luego se encogió de hombros y tomó la botella de coñac.

— Nadie piensa en ocultar nada. Pero ya sabes cómo es la gente, sobre todo en el campo. Se habla demasiado. Mejor es cortar en seco las murmuraciones.

— ¿Qué clase de murmuraciones podrían hacerse?

Duval bebió precipitadamente unos cuantos sorbos y vació la taza.

— ¿Que qué murmuraciones? Pues no son difíciles de imaginar. Se diría que...

Se levantó con movimiento rápido, dobló por la mitad el certificado y lo echó sobre la mesa.

— No se dirá nada, porque yo me ocuparé de ello... ¿Cómo se llama ese curandero que hace milagros?

Trató de cambiar de conversación con una torpeza conmovedora.

— René.

— ¿René qué más?

— René. Sólo René. Es un hombre muy sencillo.

— Pues bien, ya puedes estarle agradecido. El señor Jouvet debe sentirse muy feliz.

— Mi padre no es muy comunicativo.

Desconcertado, Duval cogió un terrón de azúcar, que mordisqueó distraídamente.

— ¿Sabes si tu tío había hecho testamento?

- No. ¿Por qué?
- Por el entierro. Los funerales tendrán lugar aquí, sin duda. ¿No posee tu padre una sepultura...?
- Claude volvió a ver de repente el cementerio del Père-La-chaise, el Chemin Serré y la tumba en forma de templo griego.

Auguste Ripaille
Fue buen esposo y buen padre
Nunca será olvidado

El doctor Duval preguntó:

- ¿De que te ríes?
- ¿Yo? ¿Me río? Discúlpeme... Estaba pensando en algo... Sí, desde luego aquí... En fin, lo supongo.
- Tal vez haya sido indiscreto.
- Oh, de ningún modo. Su pregunta sólo es divertida.
- ¿Divertida?
- Yo me entiendo. Digamos curiosa... Según usted, ¿dónde está enterrada mi madre?
- Bueno, no te comprendo muy bien...
- Marie abrió violentamente la ventana y se asomó.
- Ahí llega la policía. ¿Les hago entrar directamente al vestíbulo?
- Duval exclamó:
- Sí. Yo me ocuparé de ello.
- Se volvió hacia Claude.
- En tu lugar, yo iría a descansar hasta la llegada de tu padre. El brigadier procederá a las comprobaciones de rutina y luego se levantará el cadáver. No es preciso que te molestes. Conozco la casa bastante bien.
- ¿Descarta usted la idea de un crimen?
- Categóricamente.
- ¿Y la de un suicidio?
- ¿A qué viene esa pregunta? Tranquilízate. El suicidio puede también descartarse por completo.

CAPITULO 8

PAUL Jouvét llegó a las diez, acompañado por el doctor 9 Duval que había debido salir a su encuentro y que ahora hablaba en la escalinata, gesticulando, mientras que el chófer conducía el coche al garaje.

Claude lo veía todo desde detrás de las persianas.

Duval, rollizo, calvo, cordial, alterado.

Su padre, silencioso, de mirada despierta, una arruga profunda en la comisura de los labios.

Duval explicaba la caída y se oía el golpear de sus tacones en las baldosas.

Jouvet, con las manos a la espalda, la expresión hastiada, andando con pasos cortos.

Sin duda, Paul Jouvet encontraba aquella manera de morir vulgar y poco oportuna.

Claude cerró la puerta y regresó junto a la cama sobre la que había arrojado de cualquier modo la ropa de su tío, mientras Marie y Brigitte preparaban la habitación mortuoria.

La dobló y la colocó sobre una silla.

Las voces se aproximaban. Los dos hombres debían estar subiendo la escalera.

La cartera del tío Robert era voluminosa. Haría falta tiempo para registrarla.

¡El armario!

Claude la colocó sobre el armario, encima del cuadro.

El pomo de la puerta giró.

— Buenos días, Claude.

— Buenos días, papá.

— El doctor Duval me lo ha contado todo... ¡Es terrible! Y tú, ¿cómo vas?

Examinaba a Claude con cierta frialdad.

— ¿No te has impresionado demasiado?

— No... no...

— ¿Y ahora? ¿No te duele la cabeza? ¿No tienes ganas de dormir?

— No.

— ¿Quieres que el doctor Duval te examine?

— No. Me siento muy bien.

— Hum...

Jouvet se pellizcó la oreja repetidas veces.

— Supongo que no sentirás deseos de quedarte aquí... Tan pronto como todo esté arreglado nos marcharemos... Siento tentaciones de vender todo esto. Esta propiedad sólo nos ha proporcionado quebraderos de cabeza.

¡Una frase de Paul Jouvet! La muerte de su hermano era un quebradero de cabeza. La enfermedad de su hijo había debido ser un gran quebradero de cabeza.

— Siéntate. No quiero que te fatiges.

— Gracias. No estoy cansado.

— Había algo en el tono de Claude que hizo pestañear a su padre. Observó más atentamente al muchacho con violencia contenida.

— Siéntate. Marie acaba de explicarme que tu tío y tú os habíais peleado un poco. ¿Qué historia es ésa?

Claude sonrió con amargura.

— Marie siempre está bien informada. El tío Robert afirmaba que he sido mal educado y que soy incapaz de trabajar.

— Tal vez no se equivocaba.

— Sí. Puedo trabajar.

— Ya lo veremos.

— Perdona, papá. Tengo que trabajar... Marie no te ha informado del todo. En realidad el tío Robert me acusaba de haber fingido mi parálisis. E insinuaba que tal vez a ti no te disgustase tener un hijo inválido para exqu coastar ciertas preguntas embarazosas relativas a la dirección del negocio.

— ¿Y tú lo creíste?

— No. Ya no creo a nadie.

La frase afectó a Jouv et. Miró a Claude con recelo.

Con el índice le levantó la barbilla.

— ¿Qué te sucede? Estás extraño.

— Quiero trabajar.

— De modo que es eso lo que te preocupa. Ahora vas a pensar que has sido un enfermo imaginario. El tío Robert y tú nunca os entendísteis, ¿verdad?

— ¿Cómo lo sabes?

— Simplemente, lo sé. Hice muy mal en dejaros ayer que empu endieseis juntos el viaje. ¿Qué otras cosas te contó? Vamos, sé franco, Claude... Desde hace un tiempo te encuentro reservado, misterioso, como él... Y eso no me gusta... Te ha metido todos tus viejos rencores contra mí, ¿eh? Que lo despreciaba, que era un tirano... ¿Y qué más? ¡Habla!

— Nada de eso, te lo aseguro. No me ha...

Jouv et sacudió el brazo de su hijo.

— Sé lo que te ha dicho. Era esa venganza la que rumiaba... Hubiese debido sospecharlo.

— No te comprendo, papá.

Jouv et se sentó en la cama y se frotó suavemente las sienes con las palmas de las manos, como para amortiguar una jaqueca tenaz.

— ¡Dejémoslo! Lo pasado, pasado está... ¿De qué sirve insistir sobre lo que ya no existe? Las alusiones de tu tío... Por favor, olvídalas. Era un hombre injusto. Fíjate cómo

trataba de ponerte en contra mía. Porque, en fin, esta idea de trabajar es él quien te la ha metido en la cabeza. ¡Como si tuvieras necesidad de trabajar! Pero reflexiona, Claude. Todavía no has vivido. Piensa en todo lo que tienes que descubrir aún: los museos, los espectáculos... ¡qué sé yo!

— ¿V Marcel me llevará en el coche? ¿Y Brigitte me explicará todo?

— Naturalmente.

Claude bajó la cabeza.

— Prefiero trabajar.

— ¿Por qué?

— Para ser libre.

Jouvet arrugó la frente.

— ¿Para ser libre?

— Eso es.

— ¿No tienes bastante dinero?

-Sí.

— ¿Entonces?

— Entonces, quiero ganarlo.

Jouvet recuperó de repente su fisonomía distante. Se levantó y se subió la manga para ver la hora.

— Ya proseguiremos más tarde esta conversación, pero a veces me das la impresión de no estar en tu sano juicio. ¿Están aquí las cosas de tu tío?

— Sí. Ahí están.

Se echó sobre el brazo el pantalón, el chaleco y la chaqueta que Claude había ordenado sobre la silla.

— No veo la cartera.

— Probablemente estará en el coche.

— ¿En el coche? Qué raro...

— Pues ya ves que no está aquí.

— Bueno... hasta luego. Yo en tu lugar, me iría a dar una vuelta por el parque.

Salió sin ruido, como había llegado.

Claude, detrás de él, dio vuelta a la llave, corrió el cerrojo y se apoyó en la puerta.

Se aproximó al armario, con el oído alerta, evitando hacer crujir el maderamen del suelo.

Y de repente una idea extraordinaria se le ocurrió, una idea que le inmovilizó durante un segundo con el brazo aizado hacia la cartera. Heredaría a su tío, necesariamente, fatalmente.

En algún sitio debía existir un testamento, y ese testamento sólo podía convertirle a él, Claude Jouvet, en heredero de todos los bienes de su tío.

En otras palabras, aquella cartera le pertenecía con todo derecho.

No tenía por qué temer a nadie.

Depositó la cartera sobre la cama. Claude, lentamente, desabrochó las correas, oprimió la cerradura...

No tenía por qué pedir perdón a su tío.

Claude ojeó el primer documento. Cartas de Hamburgo, cartas de negocios. Nombres desconocidos y cifras. Copias cosidas a las cartas, listas.

Pasó rápidamente de un documento a otro.

Hubiera querido abarcarlo todo de una sola ojeada. Ahora facturas, luego otras cartas, en un gran sobre amarillo. Claude estuvo a punto de pasar por alto el más reciente, metido entre dos páginas de una agenda. Sus ojos leyeron distraídamente algunas palabras y, de repente, sin razón, quiso saber.

*Clínica Psiquiátrica del doctor Vernois
44 bis, Avenue Foch
Fontenay-sous-Bois (Seine)
10 de Octubre.*

«Muy señor mío:

La noche no ha sido buena. La pobre señora está agitada. Habla mucho; llora de vez en cuando y, pese a que estoy acostumbrada, eso me trastorna. El doctor afirma que no sufre, pero, ¿quién ha podido nunca saber lo que ocurre en

ese cerebro enfermo? Venga tan pronto como le sea posible. Ya sabe usted cuánto la tranquiliza su presencia. Debemos evitar por todos los medios una nueva crisis que podría ser fatal. Si hubiesen novedades, le avisaría inmediatamente.

Su afectísima,

BERTHE VAUCHELLE.»

Una hoja arrancada de un bloc. Una escritura amplia y decidida... Claude ordenó cuidadosamente los documentos y los metió en la cartera.

¡Que curioso! Aquel tío Robert que pasaba por ser el soltero más empedernido y que hablaba siempre del matrimonio con horribles palabras, interesado por una loca...

Alguna antigua amante, sin duda alguna. Una vieja amistad desconocida por todos.

¡Bah! La vida privada del tío no le importaba al sobrino.

Claude abrió la maleta en el suelo y luego, trepando a la silla, cogió el cuadro disimulado detrás del borde del armario.

De nuevo apareció su madre.

Sus ojos azules, un poco demasiado fijos, parecían seguir mirando por encima del hombro de Claude a algo fascinante que se acercase, y Claude sintió la lenta quemazón de las lágrimas que se acumulaban bajo sus párpados.

Se arrodilló, colocó el cuadro en el fondo de la maleta y puso encima la cartera. A continuación, metió su ropa de cualquier manera y tiró la maleta en un rincón.

¡Todo estaba arreglado!

Sin ruido, abrió la puerta y bajó.

¿Añoraría aquello?

Francamente, no.

Pero sentía rencor contra su padre por poner en venta de esta manera brutal recuerdos, y todo un pasado que pertenecía sobre todo a su madre.

Vendría un extraño que cortaría por lo sano, haría derribar los árboles, transformaría el parque y la casa, y ya no habría lugar para la sombra tan frágil de mari

Expulsada de todas partes, no tendría más refugio que el enigmático cuadro olvidado.

Por cierto, ¿quién era el pintor desconocido?

Una pregunta más sin respuesta.

La vida de Claude estaba llena de preguntas sin respuestas. Uno de aquellos días interrogaría a fondo a la vieja Marie y la obligaría a hablar...

Había alguien en la cocina.

Claude reconoció la voz de Danielle, la vieja Danielle que venía antaño a hacer la colada.

¡Cómo! ¿No había muerto?

¿Qué edad podía tener? ¿Ochenta años? ¿Ochenta y cinco?

Gritaba un poco, porque probablemente estaba algo sorda.

Exclamó:

— ¡Ah! Verdaderamente se ven cosas extrañas. Y pensar que hace ya doce años... Aguarde. Sí, digo bien, doce años. Fue el año en que mi biznieta hizo la primera comunión.

Marie sacaba de un gran cesto legumbres, lechugas, patatas.

En efecto, Danielle tenía por costumbre surtir de todo aquello a la finca.

— Mañana, tendrá que traerme huevos y mantequilla.

— Está bien.

Las dos viejas se aproximaron.

Claude las distinguía por la puerta entreabierta.

Vio a Marie que cuchicheaba junto a la oreja de Danielle. Otro secreto, sin duda. Algo que tenía que ver con el muerto o con su hermano.

Claude salió al exterior.

Danielle decía:

— La locura es peor que todo. Más valdría estar muerto. Compadezco a ese pobre señor.

Claude anduvo bajo los árboles descontento y extrañamente inquieto.

Danielle hablaba ciertamente del tío Robert, no podía hablar más que del tío, quien precisamente recibía cartas en que se le daban noticias...

Y sin embargo...

Claude estaba ya resuelto a esperar a la vieja.

Se sentó sobre la hierba al borde del paseo.

¿De qué se enteraría? ¿De dónde le venía ese afán repentino de ser informado acerca de su tío, aquella necesidad de tomar partido por él, como si estuviese encargado de defenderlo?

Delante del garaje, Marcel limpiaba el «Citroén» con la manguera.

Danielle salía.

¡Por fin!

La vieja estuvo a punto de soltar el cesto cuando vio a Claude. Lloró, lo miró de lejos, de cerca y, desde luego, hizo alusión al milagro.

Claude decía:

— Sí, sí, mi buena Danielle... Bueno, entendido. Estoy curado. Bueno... Ando, puesto que la estoy acompañando hasta el camino... ¡Vamos, cálmese!

Pero ella se detenía a cada instante, sacudía la cabeza, incrédula, trastornada, recelosa y encantada.

— ¡Quién lo hubiese creído! Cuando pienso que el año pasado todavía circulabas con tu cochecito... Y ahora, te veo aquí convertido en un hombre...

— Deme el cesto.

— ¡Cómo has cambiado! ¿Te quedarás una temporada? Marie me decía...

— No. Nos marcharemos en cuanto terminen los funerales.

— Tal vez sea lo mejor. Porque esta casa, puedes creerme, no os trae suerte.

— ¡Oh! Ya sé... Mi padre me lo ha explicado todo.

— ¿Cómo?

— Ya soy mayor.

— Así que el señor te ha... Es verdad que ya eres mayor.

Siempre lo olvido... Lo mismo da, debes haberte sentido muy apenado. Me pongo en tu lugar.

— Sí. Quedé trastornado.

La vieja estiró el brazo, señalando hacia lo lejos.

— Fíjate. Desde aquí se distingue el lavadero por entre los árboles. Desde entonces nadie va allí... Ahora hay muchas serpientes, pero por entonces estaba cuidado como un verdadero jardín... En aquella época yo vivía en la finca... Iba a buscar toda la ropa seca... Llego... abro la puerta... ¡Señor! Caí de rodillas... Había sangre hasta en el umbral.

Claude estaba muy pálido. Dejó el cesto sobre la hierba.

La vieja Danielle dijo:

— Hago mal en contarte todo esto, pero es más fuerte que yo, sobre todo cuando te miro. Me parece que la veo aún. Estaba tendida en el fuego, junto al fogón... Había cogido la navaja del señor...

— ¡Danielle!

— ¡Oh! Te comprendo bien. Yo también me he dicho a menudo que más hubiese valido, tanto para ella como para vosotros, que no se

hubiese salvado. A veces una se pregunta en que piensa el buen Dios. ¡Una mujer tan joven, tan hermosa, tan buena! Desgarra el corazón saber que está encerrada.

Claude levantó las manos como para protegerse, pero la vieja Danielle ya no podía parar de hablar.

— Eso sí, estuvo bien cuidada, te lo juro. Incluso había días en que nadie hubiese dicho que había perdido la razón. Reconocía a la gente, hablaba... Pero en otros momentos, se acurrucaba en los rincones, detrás de las butacas, y no había manera de hacerla salir. Pero siempre estaba apacible, resignada. ¡Un auténtico cordero! Tu desdichado tío hizo cuanto pudo para que tu padre la conservase junto a él... Recuerdo que una noche tuvieron una discusión terrible. Pero, hay que hacerse cargo. Un hombre que tiene su trabajo... no tiene tiempo para cuidar de una enferma así... En cierto sentido, es peor que un niño... Y luego, tú mismo, precisamente en aquella época... ¡Una verdadera fatalidad!

— ¡Basta! Basta... Me está... Me está...

Tiró del cuello de su camisa y abrió la boca de par en par.

La vieja había recogido su cesto.

— No hubiese debido... Sobre todo, no repitas...

— ¡Márchese!

Claude dio media vuelta y se perdió entre los arbustos. Las ramas crujían y se enderezaban. Corría como una bestia perseguida.

Cuando desembocó ante el lavadero tenía el rostro cubierto de sangre y espuma. La respiración le silbaba en la garganta.

Con los puños apretados se acercó a la edificación ruinoso y de persianas herméticas.

La puerta estaba cerrada con llave y cuando sacudió el batiente algo se deslizó por la hierba entre sus pies con un movimiento vivo.

Pero Claude estaba más allá del temor.

Tiró de los postigos carcomidos, arqueó el cuerpo e hizo saltar varias tablas. Los ganchos, comidos por el óxido, cedieron bruscamente. Entonces, a pedradas, rompió los cristales, y metiendo la mano abrió la falleba.

El alféizar era fácil de trasponer.

Claude se encontró en una pieza estrecha, con las paredes ennegrecidas por el humo. La alta chimenea estaba embadurnada de un sebo espeso, grumoso, que brillaba como el alquitrán, y la corriente de aire hacía temblar en el fogón las hojas muertas. El lugar olía a setas, a madera podrida, a abandono.

Todavía estaban los caballetes junto al fregadero mohoso y en las cuerdas las pinzas para la ropa cubiertas de orín.

Claude bajó la mirada.

El suelo estaba pavimentado con mosaico rojizo atravesado por

extensas grietas.

Era allí...

Claude pensó en el retrato.

Sintió bruscamente que la angustia ascendía en su interior como una ola.

¿Por qué mamá había intentado...? ¿A qué misteriosos y poderosos motivos había obedecido?

Era muy fácil hablar de locura.

Claude volvió a ver con claridad estremecedora al perro que saltaba a la calzada... al tío Robert tendido sobre el mosaico reluciente... ¿Y si mamá...?

De pronto la vio.

De pie junto a la alta chimenea embadurnada de sebo espeso y grumoso que brillaba como el alquitrán.

Mamá estaba allí, sonriéndole, con aquel gesto amoroso que le indicaba que se acercase a ella.

— Mamá... Tienes algo que decirme, ¿verdad? Intentas decirme algo... Pero no te vayas, no te vayas como has hecho otras veces. Quiero darte un beso, mamá. Necesito un beso tuyo más que nada en el mundo. No me importa si vienes del otro mundo o estás aún aquí. Si estás en el Más Allá y tu cuerpo no tiene un lugar donde reposar, entra dentro de mi cuerpo si no lo has hecho ya...

Claude se acercó a la aparición.

Seguía sonriéndole.

Eso estaba bien. Muy bien. Mamá no iba a desvanecerse como otras veces. Ahora iba a permanecer junto a él, como fuera...

Sólo unos pasos le separaban de ella.

— Mamá... Abrázame, mamá... Soy yo, tu Claude...

Y de repente desapareció.

Igual que las otras veces.

— ¡Mamá! ¡No, mamá! ¡Note vayas! ¡Vuelve conmigo!

Claude salió corriendo del lavadero y se detuvo casi inmediatamente, con las piernas temblorosas.

— ¿Qué he hecho contigo, mamá? ¿He sido yo el culpable de todo lo que te ha ocurrido? ¿Fue quizás un maleficio? ¿El mal de ojo? ¿Como con el perro y con tío Robert? ¿Por qué no me lo dices?

Iba a caer.

Y casi lo deseaba.

Volver a estar paralizado.

Olvidar para siempre aquellas imágenes...

Se oyeron pasos en un paseo vecino.

— Mamá... ¿eres tú de nuevo?

Aunque sabía que cuando su madre se aparecía no se oía el menor

ruido.

— Mamá...

— ¡Claude,...! ¡Claude...! ¿Dónde estás?

Era Marie.

El no contestó.

Se escondió entre los arbustos, dejando que las lágrimas corrieran por sus mejillas, sollozando en silencio para que no le oyese la vieja Marie.

CAPITULO 9

CLAUDE le dijo al taxista:

—Al cuarenta y cuatro bis de la Avenue Foch, en Fontenay-sous-Bois.

—¿No hay una clínica en ese lugar?

— Es ahí donde vamos. Usted me esperará en la puerta.

El taxi arrancó.

Claude bajó el cristal y respiró el aire fresco. Había olvidado el otoño, el frío, el falso decorado de su vida. Había olvidado el entierro de su tío, la marcha de la finca el día anterior.

No pensaba más que en aquel rostro tantas veces evocado, misterioso, perdido en el pasado y que iba a surgir... No como cuando se le aparecía su espíritu, sino en carne y hueso.

¡Mamá!

Hablarle...

¡Saber!

Saber por fin si era lo que pretendían los otros. O bien si él había sido el causante de su desgracia, debido a su poder maléfico...

O bien... y ésta era una idea nueva que había acudido a su mente últimamente, si no se había enclaustrado ella voluntariamente después de haber intentado inútilmente destruirse, para cesar de causar daño con la sencilla mirada de sus ojos azules.

¡Oh, mamá...! Yo, tu hijo, tu imagen, ¿soy como tú, inocente y culpable?

Aquel perro... Yo lo maté.

¡Y a mi pobre tío Robert!

Dijeron que fue un accidente, pero no era tal... Por lo menos, no fue un accidente ordinario. Porque en aquel momento yo le odiaba.

Exactamente igual que tú tal vez odiaste...

¿A quién?

¿Quizás a la abuela?

Y ahora, me bastará con desear la muerte de alguien, en un arrebato de cólera, para provocar la catástrofe.

¿Debería pedir yo también que se me encerrase, que me guardaran recluido, no como criminal, sino como un producto peligroso, un objeto de irradiaciones maléficas?

¡Mamá!

El taxi se metió por una calle flanqueada de casitas y jardincillos.

La clínica se adivinaba a lo lejos, por sus altas paredes, por su puerta maciza.

El taxi se detuvo.

— Me dijo que le esperara, ¿verdad?

— Sí. No tardaré mucho.

Tocó el timbre.

— Quisiera ver al doctor Vernois.

— Pase.

Claude siguió al portero.

Examinaba los edificios, separados por jardines. Su madre entró por allí, antaño. ¿Tal vez se paseaba por aquellos caminos?

Ascendió una escalinata. Un pasillo encerado. Una puerta barnizada.

, El portero llamó y se apartó a un lado.

Claude entró en un despacho que olía a desinfectante. Adivinó la sorpresa del doctor y de la enfermera antes de descubrir sus rostros en la fresca penumbra.

— Me llamo Claude Juvet.

El doctor se levantó. Era alto, grueso, severo, con reflejos azulados en las mejillas.

— Esperaba a tu padre. ¿Es él quien te envía?

— Pues... no.

— Lamento mucho haberos telefoneado la noticia tan bruscamente...

— ¿Qué... noticia?

— Mi mas sentido pésame, muchacho. Pero, créeme, es mucho mejor

para ella... Por lo demás, no ha sufrido... ¿verdad?

La enfermera se apresuró a contestar con voz tranquila:

— En absoluto. Se ha extinguido sin haber recuperado el conocimiento.

Claude estaba anonadado, como si le hubieran dado un mazazo en pleno cráneo.

El doctor volvió a sentarse.

— Naturalmente, desearás verla, ¿no?

-Sí.

— Señorita Berthe, acompáñele, por favor.

Claude caminó por el pasillo al lado de Berthe. Esta tenía

alrededor de cincuenta años. Era baja, gruesa, robusta.

— ¿Es usted Berthe Vauchelle?

— Sí... ¿Cómo lo sabes?

— He encontrado su última carta entre los papeles de mi tío... ¿Se ha enterado de su accidente?

-Sí.

— ¿Le escribía a menudo?

— Una o dos veces por mes. Estos últimos tiempos más. Dependía del estado de la enferma... Por aquí.

Atravesaron una franja de césped y caminaron a lo largo de un gran edificio de dos pisos con ventanas enrejadas. En las habitaciones se distinguía a veces un rostro inmóvil con la mirada fija.

— ¿Nunca escribió usted a mi padre?

— No. Ni siquiera le he conocido. El doctor, tampoco. Y, sin embargo, hece seis años que estamos aquí... Tal vez viniera antes, en la época del doctor Pellisson. Pero lo dudo. Cada trimestre envía un cheque.

¡Eso es todo!

— ¿Y mi tío?

— Dependía de sus viajes. Pero venía tan pronto como podía. Siempre llegaba con el coche lleno de paquetes, regalos, flores... Era alegre. Bromeaba con nosotros. Después de sus visitas, tu pobre madre estaba siempre tranquila, relajada.

— ¿Le reconocía?

— ¡Oh, no! Estaba demasiado enferma.

— Y... ¿hablaba? Quiero decir si ella no pronunciaba frases, palabras incoherentes...

— No. Nunca hablaba. Este silencio era incluso impresionante. En el fondo, era una enferma muy dócil... De no haber estado tú en la situación que sabes, no hubiera habido inconveniente en enviarla a su casa.

Doblaron la esquina de un edificio, penetrando en un parque donde se erguían, detrás de los setos, pequeños edificios a cuyo alrededor circulaban enfermeras.

— Ya estamos. ¿Has visto muertos en alguna otra ocasión?

— Mi tío.

— Deberás tener mucho valor. La pobre señora ha cambiado mucho. Abrió con una llave la puerta de un edificio y se volvió.

— La hemos dejado provisionalmente en su habitación. Pero la funeraria ha pedido... Si tu padre no se da prisa, llegará demasiado tarde.

Claude entró detrás de Berthe.

¡Ya estaba!

Había recibido el impacto en mitad del pecho, había visto, pero seguía mirando ávidamente. Miraba con todas sus fuerzas. Se adelantó hasta la cama de hierro, a cuyos pies se cogió con energía.

El cuerpo era tan delgado y pequeño que apenas abultaba bajo las sábanas. Sobre la almohada no quedaba más que una cabeza de muerto, de mejillas hundidas, de órbitas tan profundas que parecían vacías.

Junto a él, la enfermera había unido las manos. Sus labios se movían. Rezaba.

No, eso... eso no era mamá.

Los cabellos grises escaseaban. La frente abombada monstruosamente, amarillenta, vacía ya como un hueso encontrado en una playa.

¿Rezar? ¿Para quién?

¿Qué se había imaginado?

¿Qué había venido a buscar?

Ya no lo sabía...

Claude siguió mirando el rostro apergaminado, consumido por sus pesadillas y que seguía pareciendo preocupado. Distinguió en el cuello la cicatriz pálida e hinchada. Atravesaba oblicuamente la garganta y se terminaba con un trazo delgado como una arruga junto a la mandíbula.

— En su opinión, ¿fue el dolor físico o el moral el que la volvió loca?

— No comprendo bien tu pregunta. Fue porque no estaba ya en completo uso de la razón. Intentó...

— Ya lo sé... Pero, ¿no cree usted que estaba obsesionada por algo... como si hubiese temido ser peligrosa, perjudicar a su familia?

— No, no lo creo. ¿Por qué no la besa?

— No.

Soltó bruscamente la cama y retrocedió un poco.

No, no podía.

Quería a mamá... pero no a ésa, no a ese cadáver.

La que él amaba seguía viviendo.

— No... no quiero besarla.

Salió rápidamente, parpadeó, apartó su mechón que se balanceaba.

Berthe lo alcanzó.

El sofocó un sollozo y se apoyó en el brazo de la enfermera.

— No trate de consolarme. Dígame la verdad. Ella debía hablar de vez en cuando, ¿no?

— Te repito que jamás lo hizo. E incluso cuando nos acercábamos a ella se llevaba las manos a los ojos como para evitar vernos. ¿Era una manía o bien ese ademán significaba algo para ella? Nunca lo hemos sabido. Parecía tener miedo de todo el mundo, exceptuando a tu tío. Claude guardaba silencio.

No tenía ya ninguna pregunta que hacer.

Sabía. Había comprendido.

Mamá, desde el fondo de su locura, recordaba aún que podía causar daño. Era evidente.

— Gracias, señorita... No se moleste, encontraré fácilmente el camino.

* * *

Su padre no había llegado y Brigitte, cansada, estaba en su habitación. Marie hacía calceta al lado de la mesa preparada. Comprendió en el acto que algo había cambiado.

— Claude... ¿te encuentras mal?

— Ha muerto.

— Claude...

— ¿Por qué nunca me habíais dicho nada?

— No estabas en condiciones de enterarte... Todos creíamos que obrábamos bien.

— Me habéis engañado. Pero sé bien de lo que teníais miedo.

La mujer se asustó, dejó la labor sobre el mantel y cogió a Claude por una muñeca.

— ¡Suéltame! Ya estoy harto de vuestros conciliábulos. De esta conspiración a mi alrededor.

Su abuela... Murió de una congestión pulmonar... en muy poco tiempo... Por lo menos ésa era la versión oficial.

Y casi inmediatamente, mamá intentó suicidarse.

¿Coincidencia? Ni hablar.

Y el perro, ¿era una coincidencia?

— Marie... ¿amaba mi madre a mi padre?

— Claro que sí.

— Y mi padre, ¿cómo se portaba con ella?

— ¿Qué puede importarte eso? Todo ha terminado ya.

— Quiero saberlo. ¿Cómo se portaba con ella?

— Muy correctamente.

— ¿Nada más?

— Tu pobre madre no era siempre fácil de tratar, ¿sabes? Se atormentaba sin motivo... Estaba algo neurasténica.

— ¿Por qué?

— Era su tormento. Siempre estaba inquieta... Y además, Claude, tú le

causabas preocupaciones. Te veía frágil... Temía... no sé qué.

— Hay algo más.

— No... te lo aseguro... A veces, tu padre perdía la paciencia. Para ser justos, no siempre le fajaba razón. Te mimaba demasiado... ¿Cómo explicártelo? Tú te interponías entre ellos. Ella te amaba demasiado, la pobre niña.

— ¿Crees de veras que papá estaba celoso de mí?

— Un poco. Quizás hubiese deseado que se ocupasen más de él. Hay hombres así. Cuando llegaba, tú te ponías a lloriquear. Entonces se enfurecía. Si no hubieses sido tan delicado, seguramente te hubiese enviado a un internado.

— Papá... nunca se ha sentido muy orgulloso de mí, ¿verdad?

— Sí, precisamente. Cuando naciste, nunca he visto a un hombre más dichoso. Después las cosas se envenenaron poco a poco... No quería reconocer que eras el vivo retrato de tu madre. Afirmaba que eras Jauvet de pies a cabeza.

—¿Y entonces discutían?

—A veces.

— Discutían violentamente, ¿no es cierto? Y mamá... Sí, ya comprendo.

— No. No puedes comprender, porque no hay nada que comprender... Su matrimonio no era peor que cualquier otro.

— ¡Curioso matrimonio! Porque, en fin, mi padre nunca fue a ver a mamá al sanatorio. Se diría que tenía miedo de ella.

— Estas diciendo tonterías. ¡Miedo de ella! ¿Qué significa eso?

— Entonces, ¿por qué no iba a verla? Me ocultas algo.

— No iba a verla porque no tenía tiempo. Ya que quieres saberlo todo, sus negocios no van demasiado bien. Tu pobre tío me contó muchas cosas. Tu padre es un hombre que lucha desde hace años. Siempre tiene miedo de hundirse...

— ¿Por qué nunca me has dicho nada?

—Tú no puedes arreglar sus asuntos.

— Pero ahora sí puedo.

—¿Tú?

—Yo. Porque heredaré a mi tío Robert. Y lo que él tenía intención de hacer en Hamburgo no hay motivo para que no pueda hacerlo yo. Ya no soy un niño, y el comercio puede aprenderse... ¡Y estoy tan harto de vivir aquí! Desde luego, te llevaré conmigo.

Marie meneó la cabeza tristemente.

—Vamos, sé razonable. Las cosas no son tan fáciles.

Claude subió la escalera y se dirigió hacia la habitación de Brigitte.

Llamó a la puerta.

— Brigitte, soy yo.

Ella abrió y Claude observó en el acto que había estado llorando. Pero en aquel momento las pequeñas contrariedades de la joven le dejaban indiferente.

— ¡Brigitte! Acabo de tener una idea formidable.

— Más tarde. Estoy un poco cansada.

— No. En seguida... Seré breve. ¿Te has enterado... de lo de mamá? Estoy al corriente. Acabo de regresar de la clínica. Habéis sido unos estúpidos a! ocultarme eso.

— ¿Es tu padre quien te ha...?

— De ningún modo. He sido yo solo... Has de saber que soy capaz de tomar iniciativas... Y, precisamente...

Se aproximó a Brigitte y le cogió las manos.

— Escucha bien Brigitte... y deja de considerarme un niño... Heredaré a mi tío... Puedo solicitar que se me emancipe. He leído eso en algún sitio y, además, voy a informarme.

Se calló porque, ahora, la timidez le paralizaba.

Brigitte preguntó:

— ¿Y bien?

— Pues... voy a hacer un viaje y luego... me marcharé a Hamburgo a entrevistarme con los socios del tío Robert. Quiero continuar el negocio que él tenía proyectado.

— ¿Tú?

— Claro que yo. Si me quedo aquí, ocurrirán otras desgracias, lo sé. Mientras que si me voy a Hamburgo...

Ella le miraba con inquietud y Claude se echó hacia atrás el mechón, con movimiento irritado.

— Allí acabaré de curarme.

— ¿Te imaginas solo en un país desconocido?

— Pero si no estaré solo... Tú me acompañarás.

Enrojeció y soltó las manos de Brigitte para que ella no notara su turbación.

Era ahora cuando había que parecer fuerte, seguro de sí mismo, decidido.

— Brigitte... mi tío, en la finca, te propuso... ¿Recuerdas? Pues yo te pido la misma cosa. Todavía te necesito.

Hundió los puños en los bolsillos, dio vueltas por la habitación, pegó una patada a un almohadón.

— Terminemos, Brigitte. Te quiero. No es una declaración, pues el momento no es el más adecuado... Es un hecho. Pero, después de todo, ese hecho no tiene nada de extraño. Te amo, sencillamente. Estoy decidido a marcharme, a romper con el pasado... Me has ayudado a convertirme en un hombre... Debes ayudarme hasta el final.

— ¿No hablarás en serio?

— Te juro que no tengo ganas de bromear. Desde esta mañana, nada es

ya como antes. Tienes que comprenderlo.

— Pero... ¿y tu padre?

— ¡Mi padre! No será mí marcha lo que le quite el sueño... Y desde allí podré serle útil... ¿Qué? ¿Sí o no?

Ella se sentó lentamente en el borde de una silla, con los ojos siempre fijos en Claude. Esta vez se sentía convencida.

— No, no... No es posible. No tienes que pensar en mí, Claude.

— ¿Cómo puedes esperar que las cosas sean distintas? Desde hace años estás junto a mí. Todas las dichas que he experimentado me han llegado por tu mediación. En esta casa, tú eres la única que vives, la única que ríes, la única que amas.

Elle seguía meneando la cabeza, de derecha a izquierda, con movimiento obstinado.

— ¿Rehúsas? ¡Pero, habla de una vez! ¿Me tienes miedo? ¿Es eso? Tú sabes que nunca te olvidaré, Brigitte.

Y de repente, una idea inmovilizó a Claude.

Reflexionó y luego se arrodilló junto a Brigitte.

¡Veamos! Sé sincera conmigo. ¿Estás segura de que no puedes marcharte?

-Sí.

— ¿Amas a alguien?

Le levantó la barbilla con ademán de hombre mundano con una experiencia ya larga. Fijó su mirada en aquel rostro cerrado, que se resistía.

— De modo que es eso. Estás enamorada.

Sus labios se contrajeron. Se puso en pie.

— Debí haberlo sospechado. Pero hay algo que no comprendo, Brigitte. Tú nunca sales... Ni siquiera por la noche... ¿Dónde se oculta tu enamorado?

La verdad le penetró de golpe.

— Vive aquí.. ¿Quién es? ¿No se tratará de Marcel?

Ella lloraba, con una mano extendida a medias, como si quisiese detener un golpe.

Pero Claude ya no se atrevía a moverse, a pensar. La desdicha le reservaba otras tinieblas que explorar. Sentía en la boca el gusto de la hiel.

— ¿No es Marcel, el chofer?

Ella denegó con la cabeza.

— Entonces... ¿mi padre?

La mano de Brigitte cayó.

No hacía falta hablar más.

¿Desde cuándo duraban aquellas relaciones? Sin duda desde el día en que Brigitte entró en la casa.

Por eso se peleaban los dos hermanos, por eso el tío Robert trataba tan

groseramente a la joven, por eso Marie callaba, recelosa, disimulando su rencor.

Claude murmuró:

— Discúlpame.

Retrocedió hasta la puerta.

Pero aún no tenía fuerzas para retirarse. Miró por última vez a Brigitte.

No le reprochaba nada.

Ella era una víctima.

Como él.

— Adiós, Brigitte.

Volvió a cerrar la puerta.

Sus rodillas temblaban. Bajó al comedor. Sentía deseos de beber algo fuerte, como el día que visitó el cementerio.

Pero el alcohol no le reanimaría. Estaba furioso y, al mismo tiempo, tenía frío.

Temía lo que iba a suceder.

No quería eso, pero era como una maldición que salía de su interior.

Se fue a la cocina, donde Marie molía café.

— Cuando llegue mi padre, dile que quiero hablar con él.

CAPITULO 10

EL doctor dijo:

—No he de ocultarle que me inquieta un poco. Esa exaltación... Esa negativa persistente a verle a usted... ¡Extraño muchacho! ¿Ha leído últimamente algo sobre el mal de ojo, sobre los poderes maléficos de la mente? ¿Quién ha podido meterle esa idea en la cabeza?

Paul Jouvét dijo:

— Es un chiquillo.

— No estoy de acuerdo con usted. Ha cambiado mucho, se ha hecho más consciente. Por eso, esta obsesión puede resultar peligrosa.

—¿Qué teme usted?

— Nada en concreto. Pero creo que debe ser vigilado constantemente. Cuando esté en condiciones de salir, no vacile. Consulte a un psiquiatra. Un especialista descubrirá seguramente el origen de sus perturbaciones. Creo que su hijo debió experimentar hace tiempo una gran impresión, sin duda vio algo que le aterrorizó... Todo procede de ahí.

—Vamos, vamos... Y, además, el mal de ojo y esos poderes maléficos de la mente son cosa nueva. No, doctor, diga más bien que Claude no me quiere, que nunca me ha querido y que cualquier motivo es bueno

para amargarme la existencia. Sabe que en estos momentos me encuentro con mil dificultades y desde hace una semana no cesa de atormentarme. Como si pudiese autorizarle ese absurdo viaje...

— Sin embargo, tal vez fuese la mejor solución. Disculpe mi franqueza, pero esta casa no le sienta bien. Para él está ligada a demasiados recuerdos que parecen torturarlo. Estoy casi seguro de que un cambio de vida completo, brusco, le liberaría de sus complejos. Y si alguien le acompañase... Oíga... ¿su institutriz, la señorita Brigitte, no podría...?

— Ni hablar.

El doctor abrió la puerta del vestíbulo.

— De todos modos, debe usted tomar una decisión. Es imposible dejar a su hijo en el estado en que se encuentra. Si esto le hace sufrir, crea que él también sufre. Y tengo verdaderamente la impresión de que nos encontramos ante un caso típico. Hace seis meses no me hubiera mostrado tan categórico. Pero la curación de su parálisis demuestra que todos sus males, e incluso sus trastornos de memoria, tienen un origen psíquico. ¡Es evidente! En consecuencia, puesto que no desea dejarle marchar, haga lo que le he dicho. En unas cuantas sesiones, un especialista le hará confesar lo que se disimula a sí mismo. La verdad, sí. Sería lo mejor. Este muchacho tiene derecho a la verdad.

Salió.

Jouvet cerró lentamente la puerta. Luego se secó las manos con el pañuelo.

¡La verdad!

Fácil de decir...

Recorrió el pasillo hasta llegar a su despacho y miró distraídamente los libros, el escritorio lleno de documentos.

Las palabras del médico resonaban aún en sus oídos: «En unas cuantas sesiones, un especialista...» ¡En unas cuantas sesiones! Haber luchado tanto tiempo para llegar a eso.

Se dejó caer en un sillón y apartó las carpetas multicolores.

Puesto que no había manera de resistir más, ¿para qué seguir trabajando?

La desaparición de su hermano había apresurado la catástrofe.

Y ahora Claude...

Abrió un cajón.

Debajo de un montón de cartas, de libretas, de viejos sobres que guardaba para coleccionar los sellos, su mano tropezó con la culata de un revólver.

Como último recurso, tal vez...

Pero no, este último recurso no le valía. Si él desaparecía, el muchacho quedaría convencido de poseer un poder maléfico, un poder infalible que le hacía dueño de la muerte, de la vida de las

personas que le rodeaban...

Nunca podría sanar.

Jouvet se frotó los ojos con las palmas de las manos.

Ya no estaba seguro.

¿Deseaba que Claude se desprendiera de sus fantasmas?

Si Claude recuperase la memoria, no habría más solución que el revólver...

De cualquier modo que se examinase la situación, no se le hallaba salida y Claude estaba perdido.

Llamaron a la puerta.

Jouvet cerró el cajón.

— Adelante.

Era Marie.

-¿Qué desea usted, Marie? Estoy muy ocupado.

La mujer se acercó al escritorio, como una bruja disponiéndose a lanzar el maleficio. Le temblaba la barbilla. Cruzaba y descruzaba sus dedos deformes.

— Bueno... dese prisa.

— He oído lo que el doctor ha dicho.

—Vaya... ¿es que escucha detrás de las puertas?

— A veces.

— ¡Que desfachatez!

— El señor no llevará al pequeño a que le vea un especialista, ¿verdad?

— Eso no es asunto suyo.

— ¡Sí que lo es!

La vieja meneaba la cabeza.

Jouvet sintió que ella había adoptado una resolución definitiva y que no se dejaría impresionar.

Suavizó el tono de su voz.

— ¿Qué sucede? Vamos, explíquese.

Ella se acercó un poco más y se apoyó en el borde de la mesa, como si tuviese miedo de caer.

— Claude no debe ver a ningún otro médico. El señor sabe bien que es imposible.

— ¿Por qué? Sí es el único medio de curarle...

Jouvet, sorprendido, observaba el rostro arrugado, los ojos grises velados por una humedad temblorosa.

— No la comprendo a usted, Marie.

— Oh, sí, el señor me comprende... El pequeño no debe recordar lo que vio en el lavadero de la finca.

—¿Cómo?

— Si supiese que su pobre madre no tuvo nunca intención de matarse y que era otra persona la que sostenía la navaja...

— ¡Cállese!

Jouvet, bruscamente, se asfixiaba. Empujó hacia atrás el sillón. El sudor le pegaba los dedos a los brazos del mismo.

Marie proseguía, con voz fina y cascada:

— La pobre niña no estaba loca en aquel momento, pero a partir de entonces...

— Es falso.

— He guardado silencio durante doce años. Si hablo hoy, no es para causar molestias al señor.

Jouvet se levantó. Hubiese querido gritar, amenazar, y era incapaz de pronunciar una palabra para acallar la vocecilla aguda.

— El señor sabe bien que digo la verdad. Claude fue testigo de eso... Me lo explicó, chillando, antes de desvanecerse... Cuando volvió en sí, sufría amnesia y estaba paralizado.

— ¡Basta! ¡Basta! Terminemos de una vez.

Pero Marie ya no oía nada.

— Claude había entrado en el lavadero, jugando, para ocultarse... El señor le vio huir de allí... Y, desde entonces, el señor no ha cesado de tener miedo a su hijo... Esto explica la conducta del señor.

Jouvet dio la vuelta a la mesa y se detuvo ante la vieja criada.

— ¿Por qué ha permanecido usted a mi servicio, Marie?

— Me he quedado por él... y por ella. Y, mire por donde, he hecho bien en quedarme... El señor va a dejarle marcharse, puesto que es el único medio de salvarle, ¿verdad?

— ¿Ha sido usted quien le ha metido en la cabeza esa idea estúpida?

— No... Si se va, no volveré a verle.

Se mostraba humilde y digna.

Jouvet la contemplaba con estupefacción.

— Si se va, ya no dispondré del capital de mí hermano... Tal como Claude intuía, mi hermano Robert dejó un testamento en el cual el único beneficiario es mi hijo Claude. El es su único heredero. Todo el dinero de Robert va a parar a él... Mis competidores, es decir, los competidores de la firma... Usted no se da cuenta. Me arruinaré si él se lleva la parte de capital que le corresponde.

— Entonces, ¿quiere mantenerlo prisionero aquí?

— Pero, él no está prisionero...

— Es cierto. Puede andar, gracias a ese curandero. Si hubiese usted sabido que él le haría recuperar el uso de las piernas, habría tenido buen cuidado de no poner a Claude en sus manos.

— Escuche, Marie... no le permito que...

— Me marcharé de la casa tan pronto como él se vaya... Pero es preciso que él se vaya de aquí... Primero hará un viaje de placer, y luego se irá a Hamburgo, a hablar con los socios de su tío Robert. Ellos son buenas personas y no le engañarán.

— ¡Qué sabe usted de negocios!

Ella dictaba sus condiciones, siempre con la misma voz temblorosa, y Juvet cedió.

Se sentó en el borde de una butaca, con las manos flácidas.

— No soy un monstruo, Marie.

— Eso no me importa.

— Yo también quiero la felicidad de Claude... Seré sincero con usted...

He pensado en matarme... Desde hace doce años, casi no me soporto a mí mismo... Ya no puedo más.

— Si muriese usted, Claude se imaginaría que era él el asesino. Puesto que desea su felicidad, no puede usted...

— Lo sé.

— Que se marche. No hay otra solución.

— Y, si acepto, usted...

— Yo no cuento.

Juvet se frotaba las manos mientras contemplaba los complicados dibujos de la alfombra.

— Está bien. Se marchará... Yo me encargaré de ello. Pero, antes, déjeme que le diga...

Buscaba las palabras. Hubiese querido explicar cómo, un buen día, había podido golpearla... porque ella se obstinaba en no comprender que él era desdichado en su compañía... Porque ella era un obstáculo para sus ambiciones... Pero

todo eso era ahora muy oscuro y lo había pagado a un precio muy alto...

Y si no fuese más que el precio...

Renunció.

— O mejor dicho, no... Déjeme, Marie. Le prometo que él se marchará.

PUNTO FINAL

En la habitación del hotel había maletas de piel de cerdo, en las que se amontonaban la ropa blanca y los trajes. El armario permanecía abierto. La cómoda perdía sus cajones. Mapas y folletos se amontonaban en la mesa, en la cama. Claude se movía por entre

aquella confusión.

De vez en cuando, consultaba su reloj de pulsera.

¡Que bien se estaba en Mallorca!

Decididamente, aquello era el mismísimo paraíso...

No llevaba aún mucho tiempo en aquella isla de ensueño, pero ya se las prometía muy felices. No le faltaba más que una cosa para sentirse completamente feliz. Tenía que llegarle la noticia de un momento a otro. Lo sabía. No podía equivocarse. Porque sólo había sido preciso desearlo y...

Llamaron a la puerta.

Sonriendo fue a abrir.

Un botones del hotel le entregó el telegrama.

Lo leyó, siempre sonriendo. Era de Marie, la buena de Marie. Muy escueto. Pero necesitaba más información.

Pidió una conferencia telefónica con París y dio el número de su casa. No tardaron en concedérsela.

—¿Marie...?

— Sí. ¿Eres tú, Claude? ¡Gracias a Dios que hablo contigo...! El telegrama... ¿recibiste...? Claro que lo has recibido... Por eso llamas...

— Cálmate, Marie. ¿Como ha sido?

— El pobre señor... y la señorita Brigitte... El coche chocó contra un camión cargado con botellas de gas butano... Han muerto carbonizados... ¿Me oyes, Claude?

— Sí... sí te oigo. ¿Ha habido más víctimas? ¿Marcel?

— No. Conducía tu padre. Tampoco el chófer del camión. El camión estaba aparcado detrás de una esquina. El señor debió distraerse...

— Entiendo.

— Claude, ¿vendrás para el entierro?

— No.

— Pero...

— Lo estoy pasando muy bien aquí, en Mallorca. Quizá me quede mucho, mucho tiempo.

Colgó.

Sonreía complacido.

Y mamá también le sonreía, desde el cristal de la puerta-ventana que comunicaba con la terraza.

La terraza que daba al mar.

Esta vez, mamá tardó más rato en irse, en desaparecer... Parecía estar más a gusto allí que en los otros lugares.

Pues bien, se quedarían allí.

Los dos.

¿Verdad, mamá?

FIN

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores
exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.



EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.